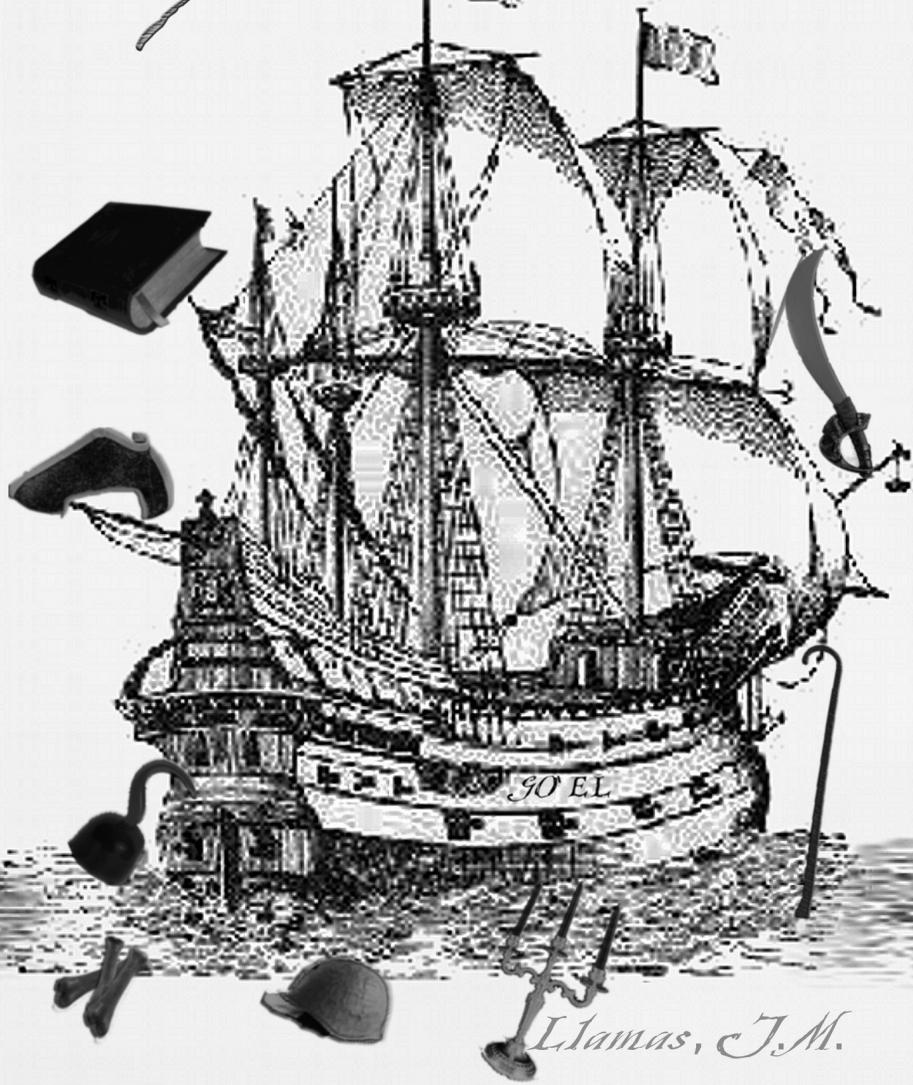


Aurita



Llamas, J.M.

Anita

Llamas, J.M.

“Anita” es el viaje interno de una persona que se encuentra con Dios desde los sótanos más hondos y oscuros de su alma. Todo en ella salvo el prólogo, la carta y el epílogo, es un puro símbolo tejido desde la experiencia de los Ejercicios Espirituales de mes que hice en agosto de 2001, en Pedreña.

Anita, el personaje principal, es el fruto de observarme a mí mismo y a mi amada Generación de Vuelta, que lo ha probado todo y no encuentra sentido en nada, y que sigue buscando, sin saber dónde o qué. Cada uno de los personajes que va apareciendo es un “sótano” del alma que busca, y también un fondo común a esta generación, a la que yo pertenezco, a la que quiero, por la que moriría con tal de que Jesucristo, su estilo de vida y su destino se hicieran vida en aquellos con los que comparto la mía.

Mi amada generación de vuelta necesita a Dios, necesita a Jesucristo, necesita el Evangelio. Y, mirando el camino desde el otro extremo, el futuro necesita a mi amada Generación de Vuelta que, libre de ideologías, inserte la historia en una nueva búsqueda de sentido donde Dios Amor, con los brazos abiertos, espera y acompaña, donde los habitantes de Las Afueras nos sienten hermanos porque nos llegamos a ellos. Claro es que, como en la novela, hay que convertirse en pirata para anunciar, de nuevo, a Jesucristo, metiéndonos en el mundo sin ser del mundo, haciéndonos débiles con los débiles, compartiendo la vida, manchándonos. Sólo así el Evangelio no será un bonito libro que dice cosas muy raras, sino La Vida que nos trae esperanza.

No me queda nada más que decir antes de que empecéis esta aventura por las Afueras, sólo invitaros: ¡bienvenidos, piratas del mundo, al Go'El!

Índice

PRÓLOGO.....	11
I. LA CARTA.....	15
II. EL ANCIANO.....	19
III. EUSTAQUIO.....	25
IV. HERMINIO.....	39
IV. PEPE.....	61
VI. LUISA.....	85
VII. ADOLFO.....	107
VIII. LIMO.....	125
IX. MANOLO.....	141
X. GO'EL.....	167
EPÍLOGO.....	197

A “Anita”, por su tímida mirada profunda.

A Timo y Alfonso, por mostrarnos el barco.

A todos los compañeros de viaje: ¡ánimo, piratas!

Al Capitán de este navío, por todo.

*“Felices los que tienen un corazón limpio,
porque ellos verán a Dios”*

Jesús de Nazaret.

PRÓLOGO

Tengo tres hijos no tengo trabajo necesito una alluda por Dios ayyyyy que yo soy gitano y vengo a tu casamiento a partirme la podía dedicarse a otra y el viernes me coge el muy hijo de puta y me dice que mejor no quedamos el largo me parece más hortera pero puede quedar si tuvieras cojones no te pasarían estas con crema lo hacen muy bien aquí aunque los churros que no que te he dicho que no y es que no y como sigas te voy a dar un guantazo que mañana mismo presento el currículum a ver si cuela por qué no te metes cuando puedas mamonazo estos niños luego dicen que si hay acciudad siempre levantada pero es que tú eres inútil

venirte en coche cuando esa la vi el otro día y me pareció una payasada no me gasto setecientas pelas yo en eso ay qué ricas y yo sigo aquí esperándote que tu dulce boca ya es que no se hacen zapatos buenos hemos dicho uno de stracciatella otro de limón otro de turrón marchando que vienen los malos quítalo de ahí mira esto a lo mejor le gusta más porque uy perdón a ver si miras donde pisas cariño estoy ya cansada titirulititi que no que parezco una cosa malaca de uñas es bonita no digas tonterías chibangschibangschibumchi estás de coña no jodas tío con un estropajo te la lavaba cuidado abuela ve a tu rollo no crucerás como llego tarde siempre de prisa Antonio a ver cuándo vais a ganar la novena porqtaxi por favor y entonces me dejó simplemente pero ya lo he superado maziza qué culo qué bien lo lleva más hormigón Manolo cuidado con la grúa te digo que fue penalti sí claro pero la cosa no hubiera cambiado ñiaoooooooouuuuu fuera chucho del demonio yo ya no sé por dónde va a salir la cosa pero la veo muy negra con esos asesinos no hago lo que debo hago lo que creo y yo no quiero ser tu amante que yo quiero ser algo más destrozada el tío es que ya no llegas mejor que tú lo

hago cuando lleguemos a casa vamos a ver lo del mueble
te digo que hace falta cambiarlo no me calientes la
cabeza Loli el aniversario es mañana tú verás es que hoy
no me apetece jugar al golfy yo la próxima vez condón
al canto porque no se puede fiar una de nadie llego llego
llego a casa qué casa qué casa qué casa qué casa...

I. LA CARTA

“Queridos amigos:

espero que sigáis todos de maravilla desde esta tarde. Seguro que pensaréis que es extraño que os escriba una carta así, de repente, sin que hayan llegado las vacaciones o haya pasado nada especial que cambie radicalmente la monotonía de estos últimos días de primavera. Y, ahora que lo pienso, nada ha cambiado desde hace algún tiempo; demasiado, quizás. Seguimos trabajando en la misma empresa, jugando en el mismo campo de golf, asistiendo al mismo teatro, saliendo con

los mismos amigos, añadiendo dinero a la misma cartilla, invirtiendo en la misma bolsa, comiendo la misma bazofia cara y llenando los ratos libres con la misma televisión. Poco ha cambiado. Lo seguimos pasando bien, simplemente bien viviendo en la misma gran casa, luchando por resolver la vida lo antes posible.

Sin embargo, hay algo que sí ha cambiado. O, para ser más exacta, hay alguien que ha cambiado. Yo. No, no os asustéis: no me he echado a fumar porros, ni me he enganchado a la heroína, ni salgo con alguien a quien no conozcáis. Nada de eso. El cambio ha sido casi imperceptible y, no obstante, tan importante que no es otra la razón de esta repentina carta.

Porque, aunque os pueda parecer cosa de locos, repentina ha sido la decisión que he tomado, si bien ha ido siendo madurada a lo largo de muchos meses. Veréis: poco a poco he ido llegando a la conclusión de que mi vida no tiene ningún sentido. No es algo de lo que me haya tenido que convencer, o que alguien con muy mala

idea haya venido a decirme de tal forma que me haya comido la cabeza. Es algo que estaba ahí, pero de lo que, hasta ahora, no me había dado cuenta del todo. “Son cosas que pasan”, como diría Rut.

No encuentro ningún sentido al trabajo que hago, aunque cobro un dineral; ni al golf, aunque me divierto jugando; ni al teatro o a los amigos con los que salimos y... entramos; es más: ni siquiera las conversaciones que tenemos tienen sentido para mí. Y no es que vosotros seáis malos, o que me aburra como una ostra con todo lo que compartimos. Sois gente genial, y he aprendido un montón de cosas en todo este tiempo. Pero creo que jamás nos hemos planteado la vida en su totalidad, es decir, la vida mirándola desde arriba, a vista de pájaro; desde luego, si lo hubiéramos hecho no estaríamos como estamos, porque ¿cuál es el fin de nuestras vidas? ¿Jugar al golf, trabajar para ganar dinero, follar sin más responsabilidad o sentimiento que el propio follar, engordar la cartilla e invertir en bolsa? Todo eso puede estar muy bien, si tiene un porqué. En fin, esto es difícil

de explicar. Si eso responde a vuestra idea de vivir, adelante. No digo que no sea una buena forma de vida; sólo que yo no puedo seguir así.

Por eso, y con esto termino, os dejo. Lo dejo todo. Desapareceré del mapa y comenzaré de nuevo, con otros fines y desde otra perspectiva. Necesito pensar las cosas de otra manera, para poder Vivir, con mayúsculas.

Os dejo mi cartilla, el coche y las inversiones que he llevado en bolsa este año. Os dejo también la mayoría de mi ropa y del calzado. Despedidme de mi familia, y del trabajo. Siento no irme con más tranquilidad: sabéis que odio las despedidas.

Os quiero. Quizás nos encontremos algún día. Quién sabe.

Siempre vuestra:

Ana.

II. EL ANCIANO

Ana dobló los dos folios, los metió en un sobre, dejó el sobre en la cocina y suspiró profundamente. Miró hacia dentro, donde sus amigos dormían aún, pues faltaban un par de horas para el alba. Por un momento sintió la tentación de volverse, entrar en su dormitorio y hacer como si nada hubiera pasado. Pero, pensándolo mejor, tras sonreír una última vez, agarró el pomo de la puerta, la abrió y salió de casa sin nada más que lo puesto. Luego cerró tras ella, comprendiendo que, cual intrépido descubridor, acababa de quemar las naves de la vuelta, y echó a correr escaleras abajo como si la persiguiera el más fiero de los animales. Quería huir

lejos, muy lejos, donde las palabras no sonaran huecas y el devenir no resultara puro teatro sin nada tras el decorado risueño de las calles y los días. Quería encontrar ese lugar donde vivir significara un principio, un camino y un final que diera sentido a lo caminado. Pero no sabía dónde buscar; no sabía siquiera si la búsqueda estaba agotada en su mismo comienzo. Inmersa en estos ebrios pensamientos dobló la esquina. Tras ella encontró al Anciano.

- Muy temprano para pasear, ¿eh? -le dijo.

- No voy a ninguna parte -contestó Ana, de mala manera.

El Anciano, un hombre bajo y rechoncho con una gran barba blanca y un bastón hecho de caña, la miró con sus enormes ojos negros. En realidad, mirándolo a los ojos no se podría averiguar si aquel hombre era hombre o mujer, porque tanta era la ternura y tanta la decisión que mostraba que a veces parecía que a uno lo

miraban los ojos de una madre, a veces los de un sabio sin más problemas que escuchar, y a veces los de un ser ebrio que dormitaba en una esquina, aunque esto sólo pasaba si el que lo miraba no creía que aquel anciano pudiera tener nada que ver con él, o llevara tanta prisa que se hubiera olvidado de su existencia allí, a su lado.

De repente, como si el día hubiera estallado en un arco iris de luz, el anciano sonrió. Después, muy despacio, dijo:

- Es extraño.

- ¿Qué es extraño? -preguntó Ana, sin comprender muy bien la afirmación del anciano-. Hay mucha gente que no va a ningún lado.

- Sí, sí. Eso no es lo extraño. La mayoría de las personas que encuentro caminan sin ir a ningún sitio. Lo extraño es que te hayas dado cuenta.

- ¿Por qué?

- Normalmente la gente va a la deriva. Sabe que va a

este lugar o al otro, pero, si le preguntas que para qué va allí, en el fondo no sabría qué contestar, aunque siempre se ocurran respuestas ingeniosas y superficiales. Simplemente va, no preguntes a qué. Lo que, si lo piensas detenidamente, es lo mismo que no saber dónde se va. Pero muchos siguen su camino sin destino alguno, y son pocos los que, como tú, llegan a la conclusión de que su camino no lleva a ningún sitio, porque son pocos, en realidad, los que buscan conclusiones. Por eso digo que es extraño.

- ¿Y qué piensa usted de que yo vaya por ahí sin destino alguno?

- ¿Qué piensas tú, muchacha? -dijo el anciano, sin dejar de sonreír.

- Yo he preguntado antes -protestó Ana.

- Ajá -dijo el anciano. Luego hubo un gran momento de silencio. El anciano no dejaba de mirar a Ana a los ojos con expresión meditativa. Ana empezó a sentirse incómoda con aquella forma de mirar, y se decidió a hablar.

- Estoy harta de todo. Pensaré que esto que le voy a contar es una estupidez, pero, qué quiere que le diga, no haber preguntado. La vida que he vivido hasta ahora es, para ser sincera, una mierda. Al menos para mí. Sí, es verdad que lo tenía todo, pero en el fondo todo eso no me servía para nada, porque hay algo en mí que está hueco, vacío, y que nada de todo lo que he hecho o tenido hasta ahora podía llenar. Es como... no saber para qué haces lo que haces. ¿Me comprende?

- Sí. ¿Y qué quieres? -siguió preguntando el anciano.

- ¡No lo sé! Ya le he dicho que no sé lo que quiero -gritó Ana, creyendo que el anciano se estaba divirtiendo a costa suya.

- Perdona: has dicho que no vas a ningún sitio y que estás harta de la vida que has vivido hasta ahora. Pero no he escuchado en ningún momento que no sepas lo que quieres -repuso el anciano.

- ¿Y qué? ¿Cree usted, viéndome así, que sé lo que quiero?

- Y, si no, ¿por qué salir de ese piso con tanta prisa?

-el anciano señaló la puerta por la que ella había aparecido antes.

- Porque... porque ahí dentro no... -tartamudeó Ana- no he encontrado...

- ¿Un novio que te quiera? ¿Un trabajo como Dios manda? ¿Unas amigas de verdad, que no busquen nada más que amistad?

- ¡No, no, no! -exclamó Ana, aturdida-. ¡No he encontrado la felicidad!

- Vaya, vaya, vaya -el anciano se llevó la mano izquierda al mentón. Luego sonrió otra vez-... Pues entonces espero que tengas suerte en tu búsqueda, Anita. ¡Hasta pronto!

Y así, Anita comenzó su ardua búsqueda de la felicidad, por las tierras de la ciudad de Algún Lugar.

III. EUSTAQUIO

Anita anduvo sin descanso durante tres días y tres noches a través de edificios altos, semáforos en rojo y en verde, jardines pequeños y humaredas enormes, gentíos de miradas opacas y paso rápido y nervioso, automóviles veloces y bocinas relampagueantes y puños alzados sin sentido, pisotones ofrecidos sin más explicación que gruñidos o enarcamientos momentáneos de cejas duras y recortadas con maestría y dinero, carreras, corazones rampantes, relojes adelantados, horarios retrasados, carreras, carreras, nublados deformes, mañanas soleadas sin poetas y puestas de sol sin enamorados, noches solitarias tristes, televisiones,

mañanas tristes solitarias, luz molesta, oscuridad sin palabra, carreras, carreras, carreras, ahogo, lágrimas sobre lágrimas, sueños guardados en cajones olvidados, antenas, bares ahogados en alcohol, esquinas sin amor, y fue a salir, al fin, de la ciudad por un camino que ninguna vez antes de entonces había transitado. Fue allí donde encontró al perro.

- Vaya que sí. Ya se lo dije: mira que te vas a dar de cara. Pero con gente así no hay nada que hacer: hay que dejar que se desmorren para que comprendan. Parecen bulldogs de éstos... -el perro iba, en fin, parlamentando sobre sus cosas, y así pasó al lado de Anita. Cuando Anita vio al perro cuchicheando para sí, dijo en alta voz:

- Tenía que haber parado por ahí a comer algo. Tres días y tres noches sin comer, al final, te hacen ver estas cosas. Primero son perros que hablan y, cuando te descuidas, serán...

El perro se volvió entonces hacia ella y le gritó:

- ¡Oye! ¡Por lo menos se saluda, ya que vienes tan dispuesta a criticar! ¿Acaso crees que soy un producto de tu falta de alimento?

- Perdona, pero yo... -Anita no sabía qué contestar ante la reacción de aquel extraño ser parlante.

- “Perdona, pero yo...” Si es que todos sois iguales. Pero no te preocupes: tú tienes ahí debajo alimento para poder estar otros cuantos días de huelga de hambre, si es que te dedicas a eso, bonita... O sea, Anita.

- No hace falta insultar, ¿vale? -dijo, algo enfadada, Anita-. Simplemente, todo el mundo sabe que los perros no hablan.

- ¡He ahí el error, gordi! -exclamó el perro- Nadie ha podido experimentar nunca que TODOS los perros no hablen. Quizás podría decirse: “todos los perros que yo he visto no hablan”; porque llego yo ahora, y hablo. Y tiro por tierra tu teoría construida sobre la simple observación. La observación sirve para otras cosas, no

para dar leyes a prueba de bombas.

- ¿Por ejemplo? -preguntó Anita.

- Por ejemplo, chatita, para fijarse en ti un momento y decir: esta chavala está más perdida que una chiva en un garaje. Y seguro que acierto, ¿eh?

- Pues... sí, has acertado.

- ¿Has visto? Sólo hace falta observar un poco. Ya me lo decía el tipo aquel, el psicólogo con el que estuve tantos años... O sea, me lo decía a mí y a todos los que estábamos por allí cerca: “observad lo que pasa cuando cambiamos el impulso para crear un estímulo nuevo”. Aunque, si te digo la verdad, no sé para qué he traído a la memoria a aquel tipo, porque al final se equivocó en lo mismo que tú: se puso a hacer leyes inamovibles después de observarme a mí y a un montón más de chuchos. Lo gracioso de aquel tipo, Anita, era cuando hacías algo que no preveía: se ponía como loco, el condenado...

- A todo esto: ¿cómo sabes mi nombre? -preguntó, aún aturdida por el encuentro, Anita.

- ¿Cómo que cómo sé tu nombre? Cualquier perro con dos dedos de frente, aunque no sepa hablar, sabe que tienes cara de Anita. No hace falta ser muy listo para saberlo. En fin. Oye, por cierto, ni nos hemos presentado y ya estábamos hablando del pasado cual parejita enamorada... Yo soy Eustaquio. Encantado, preciosa.

- Lo mismo digo, Eustaquio.

- Gracias por el cumplido, aunque, si quieres, puedes decirme la verdad: soy un perro bastante feo. Tú, sin embargo, eres muy bonita, aunque tienes unos quilillos más de lo normal, ¿eh? Yo diría, así, mirándote a ojo, que te sobran más o menos diez quilos. Aunque con esos ojos marrones no necesitas adelgazar, seguro que los hombres vuelan alrededor de ti como moscardones. Recuerdo una vez, no hace mucho, que encontré un moscardón que también hablaba. La lástima fue que descubrí que hablaba después de haberlo dejado casi seco contra la pared, con la cola. Pero no traigamos al presente hechos tan dolorosos... ¿Y qué te trae por aquí, Anita?

- Bueno... es difícil de explicar. Busco la felicidad.

- ¿Aquí? -preguntó Eustaquio, abriendo mucho los ojos- ¿Has venido aquí a buscar la felicidad? Pues no sé, como no haya un gato parlante con ese nombre... Esas cosas se buscan en Algún Lugar, chica. En el meollo de Algún Lugar

- De allí vengo. Pero allí no la he encontrado. Por eso vengo hacia acá. Por cierto, ¿dónde estoy?

- En Algún Lugar. Pero, para tu información, voy a hacerte una ligera diferenciación: ahora mismo estás en Algún Lugar a las afueras, que es, digamos, como el infierno para la gente del meollo de Algún Lugar... Y para muchos de los que viven por aquí. El meollo es, para esta gente, el lugar de las personas felices. Y las afueras son el lugar de la gente que, o no puede vivir en el meollo por falta de medios, o se ha tenido que venir porque ha perdido los medios allí. Tu caso es, por decírtelo de algún modo, muy extraño.

- Quizás. Pero, si allí no se puede encontrar la felicidad y aquí tampoco, ¿dónde buscar? ¿Quizás he de renunciar a ser feliz? Triste destino entonces, Eustaquio,

el de mi vida.

- ¡Eh, eh, eh! -ladró Eustaquio, levantando una pata-
Para el carro, chiquilla, que te pareces a ese tío inglés y raro que escribía aquellas historias de amor tan tristes y, en mi perro juicio, surgidas de la imaginación de un hombre aburrido que no hizo otra cosa en su vida digna de mención que saber escribir bien. Yo no he dicho que tengas que pasarte toda la vida como el culo de un pepino; pero, entiéndeme, no sé qué es para ti la felicidad. Y con esto no te estoy pidiendo que me lo digas, porque ésas son cosas que no se pueden decir sin que pierdan la fuerza que tienen en sí.

- O sea, que no me puedes ayudar en mucho -terció, con resignación, Anita.

- Claro, si te pones en ese plan, no -dijo Eustaquio mientras se meneaba nerviosamente a derecha e izquierda mirando con fijeza a Anita a los ojos-. Mira, no soy el tío más listo del mundo, chica, pero reconozco a alguien que pide ayuda cuando lo veo. Y tú llevas pidiendo que te eche una mano por lo menos el tiempo que nos hemos tirado aquí de cháchara. Y resulta que,

precisamente en este momento, me has pillado sin mucho que hacer, cosa rara en mí porque, no sé si lo sabrás, pero suelo estar ocupadísimo entre unas cosas y otras, todo el día y parte de la noche, ya que, aunque parezca cosa rara en perros, soy un can atareado hasta el límite.

- Y un poco adulator de ti mismo, por lo que estoy escuchando -cortó aquella retahíla Anita.

- Este... He captado la indirecta, sí. Desde luego, podrías ser un poco más agradable.

- Sí, y podría irme ahora mismo y dejarte con la palabra en la boca. Pero no lo haré.

- ¡Vaya, vaya, vaya con la rellenita muñeca de ojos oscuros! ¡Eh, eh, eh! ¿Y qué hay de “busco la felicidad”? ¡Hale, vete y piérdete por ahí, y luego vienes a lloriquear cuando lo único que hayas encontrado sean patadas!

- He dicho que no lo haré.

- Anda, pues es verdad. En fin. No sé a qué ha venido esto.

- A tu pavonearte como un gran danés. Seguramente

no eres más que un perro callejero.

- Corramos un velo, aunque no sea tupido, Cucurucha.

- ¿Cómo me has llamado?

- Cucurucha.

- ¿Por qué?

- Porque tienes pinta de Anita y de Cucurucha.

- ¿Y qué es una cucurucha?

- Pues... una cucurucha. Pero sigamos en lo que estábamos, desolada compañera. Como te digo, me has cogido en un momento libre, y puedo echarte una mano.

- Pero, vamos a ver, Eustaquio -intentó hacer razonar Anita al perro-: ¿no dices que a esto lo llaman el Infierno? ¿Cómo voy a encontrar la felicidad aquí?

- Punto primero: vosotros, la gente del meollo, sois los que llamáis así a las Afueras desde siempre. Y eso no quiere decir que lo sea. Punto segundo: ¿Y yo qué malditos demonios sé?

- ¿Entonces? ¿Cómo me puedes echar una mano?

- De la única forma que puede un perro echar una mano a una tía lista como tú. Y que conste que te propongo esto porque, a pesar de que tienes menos gracia que Rambo cantando verdiales, me has caído bien.

- Dispara, anda.

- Siendo tu perro faldero -dijo Eustaquio dando saltitos y meneando el rabo alegremente.

- No tengo falda -respondió Anita.

- Qué graciosa. Bueno, pues tu perro... guardián.

- No necesito un guardián.

- Entiendo. Esto es un juego. ¿Tu perro pastor?

- ¿Parezco una oveja?

- ¿De presa?

- ¿A quién vamos a cazar?

- ¿Amigo?

- La amistad no es cosa de diez minutos.

- Está bien. Ya lo tengo. Seré tu perro guía.

- Eso me gusta bastante más.

- ¡Eso! ¡Como uno de esos perros que guían a los ciegos hacia el lugar que buscan! Juntos buscaremos eso que ansías. Yo conozco este sitio mejor que tú, y te puedo presentar alguna gente que... nos puede dar pistas.

- En fin. No tengo nada que perder, como ves. Confiaré en un perro loco.

- Viniendo del meollo, es posible que haya cosas por aquí que te parezcan algo extrañas; pero tú no te asustes, gordi, que vas con Eustaquio, y con Eustaquio no puede pasarte nada malo.

- No veas cómo me tranquiliza saberlo -dijo Anita sonriendo burlonamente.

- ¡Oh, pero si sabe sonreír! Al final nos vamos a hacer amigos.

- Y puede que te cuente un chiste y todo. ¿Por dónde empezamos, perro guía?

- Considerando las primeras palabras que oí salir de tu boca y los ruidos que oigo asomar desde tus tripas,

conozco un sitio donde podemos comer la mar de bien.

- No tengo dinero, Eustaquio -Anita se rascó los bolsillos para mostrar que no llevaba nada encima.

- Bien, puede que eso sea un problema en el meollo. Pero aquí, si estás dispuesta a seguir ciertas reglas, no hay nada que temer.

- Bien. Adelante.

- Ya te contaré, mientras vamos de camino. Verás qué bien nos lo vamos a pasar. ¡Adelante, Anita la Cucurucha!

- Oye, dime qué significa eso de “Cucurucha”.

- Ya te lo dije. Cucurucha es cucurucha. Es como, por ejemplo, “gilipollas”. ¿Qué significa? Bueno, como “gilipollas”, pero en bueno.

- ¿Y eso qué quiere decir?

Y, primero el perro y tras él, todavía un poco confusa, Anita, se internaron en Algún Lugar a las afueras

buscando lo que aún ni él ni ella podían imaginar. O, si lo imaginaban de alguna manera, no era, con toda seguridad, lo que iban a encontrar. O, si era lo que iban a encontrar, no era como lo iban a hacer. El barrendero de las seis empezó su turno cantando una canción.

IV. HERMINIO

“**Re para te H r in o**”, se podía leer encima de la puerta, en un letrero con signos de haber sido apedreado y, en general, maltratado por el tiempo, pues hacía mucho que andaba colgando allí.

En el portal había dos mesas de madera y algunas sillas plegables descarriadas en lo alto de una acera que alguien pretendió querer terminar alguna vez y se quedó en mera pretensión, por lo que, mirando la calle, se podría decir que estaba a medio asfaltar y el lugar por el que pasaban los peatones se podía diferenciar de lo

demás por un bordillo puesto como muro para gnomos. Sobre el letrero, como si, con el vaivén del viento, pudiera iluminar las inexistentes letras, ondeaba una bombilla encendida. Las paredes de la calle, de color verde manzana, chorreaban grasa y humos varios. Desde dentro llegaba el sonido de una música añeja, en perfecta armonía con el lugar, y un olor a guisado casero recién hecho llenaba el aire de los alrededores.

Desde el fondo de la calle llegaron dos figuras: una era una mujer joven, cansada y hambrienta, que se olía el vestido, roto por varios sitios, con evidentes muestras de asco y sabiendo que aún tendría que esperar más tiempo hasta encontrar un lugar donde lavar lo y lavarse ella misma. A su lado, saltando y hablando casi sin parar, iba un perro, que señaló con el hocico el lugar desde el que llegaba el olor.

- Verás que, cuando lleguemos, en el letrero de encima debería verse el nombre del sitio. Pero eso sólo pasa en los restaurantes donde hay dinero para cambiar

los letreros cada cierto tiempo o importa que se vea el nombre. Aquí todo el mundo sabe que acá Herminio se come muy bien, y no hace falta que el cartel lo indique. Aunque, por otra parte, quizás eso sea una forma de excusar al pobre Herminio y a su familia que, de cocina y de tapeo, entienden un rato, pero de lo que es llevar un negocio, poco. Creo que la clientela no le cambia desde hace años, muchos años; y, si miras alrededor, te darás cuenta de que aunque el restaurante fuera de oro no vendría a comer o a tomar una cerveza gente distinta a la que viene, que, y esto que quede claro, es gente muy apañada. En general. Bueno...

- Mira, Eustaquio: si vas a empezar otra vez a criticar, haz el favor de callarte. Me sé la vida de la mitad de la gente del barrio. Por favor, ya basta. Ahora mismo mis fuerzas están concentradas sólo en una cosa: comer. Después puede que hagamos un concurso para ver quién habla más. Seguro que me ganas, de todos modos.

- ¡Vaya! ¿No me estarás llamando charlatán, eh?

- Sí.

- Ah. Vale. Reconozco que a veces hablo un poco más

de lo que debería, pero no es para tanto... Además, a ti te viene bien. Así no tienes que estar preocupada por lo que vas a decir, y vas conociendo a la gente de por aquí.

- ¿Cómo se llama el restaurante, ya que tienes esas ganas irrefrenables de hablar?

- No son irrefrenables. Puedo estar callado más tiempo del que crees. Sí. Se llama "Herminio", como el dueño. De todas formas, le decimos la tasquita de Herminio...

- Sí, ya recuerdo que lo nombraste antes. Tú también querrás comer, ¿no?

- Chica, los perros no vivimos de aire. Aunque yo me conformo con cualquier cosa. Al buen hambre, no hay pan duro.

- Los dos nos vamos a tener que conformar con cualquier cosa, porque ya te he dicho que no traigo un duro.

- Y yo te dije que no hay problema. Será divertido.

- Oh, sí. Como me echen te vas a enterar.

- Confía en mí.

Habían llegado a la puerta del restaurante. Desde dentro llegaba un silbido. Anita asomó la cabeza.

Herminio andaba fregando platos tras la barra. Era un hombre grande y fuerte, de andares torpes y ojos tristes y pequeños. Estaba silbando una canción extraña de mar mientras aclaraba la vajilla.

- ¡Herminio! -se oyó desde dentro de la cocina- ¿Has echado la mayonesa a la ensaladilla rusa?

- No -contestó Herminio, dejando un momento lo que hacía.

- Muy bien. Entonces voy a ponerme a cocer las patatas. Ya tengo lista la salsa brava.

Anita entró y se dirigió a la barra. Eustaquio entró detrás.

- Hola -dijo Anita.

- Hola, señorita. Dígame.

- Verá, tengo un pequeño problema.

- Soy todo oídos, señorita.

- Llevo tres días sin comer. Vengo del meollo de Algún Lugar. Y no tengo dinero para pagar. He de decirle que estoy dispuesta a hacer lo que sea... Bueno, casi lo que sea por un plato de comida. ¿Podría usted ofrecerme algo para comer?

- No, de ninguna manera -dijo alegremente Herminio.

- Eh... un momento -dijo Anita, sonriendo también. Seguidamente se agachó, se puso a la altura de Eustaquio y le susurró:

- ¿Dónde demonios me has traído? ¡Menuda vergüenza me has hecho pasar! Eso me pasa por confiar en un perro parlanchín que habla mucho más de lo que debe...

- En primer lugar, bonita -le respondió Eustaquio, enfadado-, podías pagar tus cabreos personales con otro e intentar ser un poco menos gruñona, señorita “mira

qué jeta tengo”; sonreír de vez en cuando, te lo recuerdo, no cuesta un duro, al menos aquí en las afueras. Y, en segundo lugar, te sugiero que tengas paciencia.

- ¿Tener paciencia? ¿Para ver cómo nos echa con la escoba?

En ese momento, Herminio dijo, desde detrás de la barra, a grandes voces:

- ¡Isidra! ¡No voy a preparar una mesa para dos aquí fuera! ¡Juraría que Eustaquio no ha venido!

- ¡Oh, qué bien! -se escuchó desde la cocina-. Voy a saludarlo, querido. Ya hace algunos días que no viene.

Anita levantó la cabeza, justo para ver cómo Herminio agarraba un mantel, dos juegos de cubiertos y dos vasos y se iba al fondo del habitáculo a preparar una mesa, curiosamente, para dos.

- ¿Qué demonios pasa aquí? -preguntó Anita a Eustaquio.

- “Si vas a empezar otra vez a criticar, haz el favor de callarte” -dijo Eustaquio, con voz de pito, arrendando la forma de hablar de Anita-. Así que no pienso decir nada.

- Creo que me voy a empezar a volver loca en poco tiempo. Como no...

Fue entonces cuando se escuchó un grito atronador y, de detrás de la barra, salió una mujer gorda y alta limpiándose las manos en el delantal.

- ¡Eh, viejo chucho! ¿Dónde demonios te habías metido estos días? ¿Cómo va la vida? -dijo la mujer, levantando los brazos.

- Bien, Isidra, bien. Te presento a una amiga -dijo Eustaquio, señalándole a Anita-. Anita, ésta es Isidra. Isidra, Anita.

- Encantada -soltó Isidra, zampando dos besos en la cara de Anita-. ¿Qué te trae por estos lugares? Lo que a

todos, ¿verdad? De paso...

- No sé en realidad si voy de paso o no. Vengo del meollo.

- Pues, hija, si vienes del meollo y no vas de paso es que allí te ha pasado algo gordo.

- Sí, en cierto modo... es así.

- Pues entonces bienvenida a las afueras. Aquí tenemos sitio para todos los descarriados, aunque, como verás, luego no sabemos qué hacer con ellos. ¿Sabes algo nuevo del puerto, Eustaquio?

- ¿Del puerto? No, la verdad es que hace tiempo que no paso por allí cerca.

- Lo que hay que escuchar: un chucho que no pasa por el puerto todos los días... Esta tarde ha venido Adolfo, el hijo de Rita, y ha contado algo extraño que, según parece, está pasando allí.

- Habrá que acercarse mañana a preguntarle. ¿Cómo va el negocio, chochi? -preguntó el perro.

- ¿El negocio? Casi lo mismo de siempre. Si pudiéramos cerrar esto y trabajar en algo que nos

hiciera un poco más felices... Y mira que, tú ya sabes, aquí intentamos que el que llega se sienta como en casa, y que se le sirva bien... Pero yo no sé si el garito está mal situado o lo que es; el caso es que pocas veces viene alguien como tu amiga Anita, de lejos y nueva. Y, claro, así esto no marcha, por eso y por otras cosas que, poco a poco, nos van volviendo más apalancados, sin saber qué hacer de nuevo. Bueno, Eustaquio, encantada de verte. Voy a volver a la cocina, que dentro de nada vienen los mismos de siempre a cenar y cambiamos el turno Herminio y yo. ¡Hale, hasta ahora!

- Hasta ahora, Isidra -dijo Eustaquio, sonriendo. Isidra regresó a la cocina, y Eustaquio se fue directo a la mesa que había preparado Herminio.

- ¿Dónde vas? -susurró Anita-. Ha dicho claramente que esa mesa no era para nosotros.

- Bien. Entonces, quédate ahí. Yo tengo hambre. Confía en mí, sé lo que me hago. ¡Hola Herminio! ¿Qué tal?

- Ya ves. Fantásticamente, como siempre. No os sentéis en esa mesa, que no os voy a servir de aquí a un

momento.

- Como quieras -dijo Eustaquio, tomando asiento. Anita se dirigió allí y, siguiendo el ejemplo del perro se sentó enfrente sin comprender nada. Herminio llegó al momento.

- ¿No me presentas a esta jovencita de horrorosa cara?

- Eh... -se apresuró a decir Anita al pseudo-insulto. Eustaquio le hizo una señal para que se callara, y dijo a Herminio:

- Esta guapísima muchacha, como tú dices, se llama Anita. Y viene buscando la felicidad.

- ¡Vaya! ¡Qué noticia! Por aquí ninguno buscamos la felicidad, ¿sabes?

- Ejem... Sí, eso nos pasa a... todos -dijo Anita, por decir algo, pues no sabía qué responder a conversación tan fuera de sentido.

- Bueno, voy a ver lo que falta y dentro de un rato largo, si acaso, vuelvo -dijo Herminio, retirándose a la cocina.

- Te juro que no comprendo nada -dijo Anita a Eustaquio-. ¿Estáis intentando jugar a algo conmigo? ¿Por qué respondes lo contrario a lo que él pregunta, y por qué él hace lo contrario de lo que dice?

- Veo que vas captando el fondo de la cosa -dijo el perro, a punto de echarse a reír.

- O sea, que a este hombre hay que hablarle de forma normal para que él entienda lo contrario a lo que se dice, que es, digamos, también lo normal. ¿Tiene un problema de lenguaje?

- No. El problema es más profundo -dijo Eustaquio. Herminio llegó con una libretilla.

- Bien, Anita, te voy a soltar de un tirón los platos que, por desgracia, no tenemos: pulpo, pulpito, sardinas, boquerones fritos, boquerones en vinagre, merluza frita, merluza plancha, calamares, calamaritos, patatas bravas, ensalada de pimientos, carne en salsa, hígado frito, sesada, filete de ternera, chuleta, ensaladilla, ajoblanco y gazpacho.

- Este... -dijo Anita, intentando inútilmente acordarse

de todo lo que acababa de decir Herminio- no sé... Está bien: me pones, de primero, un buen vaso de gazpacho, y después ensaladilla y una chuleta con papas.

- ¿Tapita, ración?

- Ración, por supuesto.

- No te voy a traer nada de eso. ¿Y al cabrón de Eustaquio?

- Lo de siempre.

- Vaya... Tampoco tenemos hueso de jamón curado. Está bien, parejita. En un rato no vuelvo.

Y, alegando esto último, el mesonero desapareció tras la barra. Anita se acercó a Eustaquio y le dijo, nerviosa por la conversación con Herminio:

- Oye, perdona que te diga, pero ese tío es más raro que un fuego en el mar.

- No sé... A mí me parece peculiar, nada más. Verás: al principio, Herminio era sólo un poco mentiroso. De

esto hará unos veinte o veinticinco años, y él era todavía un crío...

- Y tú ya habías nacido, claro. ¡Ja! -espetó Anita, mirando al techo con las cejas levantadas.

- Chica, no todos los perros mueren jóvenes. Saber hablar da para mucho: entre otras cosas puedes elegir muchísimas más acciones que si simplemente dispones de un ladrido y un gruñido como armas expresivas. Aparte de eso, mi constitución física, como habrás comprobado, es muy superior a la de mis congéneres, aunque no lo parezca.

- Sí, no lo parece en absoluto.

- En fin, a lo que iba. Entonces Herminio era un jovencito ilusionado con... apalea perros entre los que también alguna vez estuve yo. Luego, por razones que nunca he comprendido, empezó a mentir cada vez más. Se casó con Isidra, que entonces era una mocita de abundantes carnes, aunque no tanto como ahora, y siguió mintiendo, a diestro y siniestro. Y al final ha acabado como ves: es incapaz de decir la verdad. Alguna vez nos hemos propuesto, los amigos, hacerlo decir la

verdad, aunque sea sólo durante un momento, pero es inútil: no tiene fuerzas. Hasta que no salga de él, es imposible. Así son las cosas.

- Querrás decir que no quiere. Porque todo el mundo puede hacer lo que se plantee. Sólo hay que tomárselo en serio.

- Ya. Supongo que ésa será una de las leyes del ordenadísimo lugar de donde vienes. Pero la realidad, querida amiga, es muy distinta. Hay veces que las fuerzas te fallan, y entonces... necesitas un milagro, o que alguien sepa cómo sacarte del pozo. Herminio quiere salir. Pero no puede. Y no sabemos cómo ayudarle.

- Sí que está difícil la cosa... -dijo Anita, mirando a la cocina.

- La cosa es difícil, al menos por estas tierras. Y, no es por criticar, pero ¿seguro que en el meollo la cosa va tan bien como dices?

- En el meollo la gente no se plantea las cosas así. Todo está mucho más estructurado: las salidas, las

entradas, el trabajo, el tiempo libre, incluso de quién enamorarse. Yo diría que casi no hay tiempo para pensar en otra cosa que no sea exactamente el círculo de actividades que tienes. Si allí hay alguien como Herminio, nadie se dará cuenta... hasta que no lo tenga frente a las narices, porque no hay conciencia de que se pueda hacer algo distinto de lo que se hace. Por ejemplo: si tú eres empresario, harás lo que hace un empresario, andarás con la gente que anda un empresario, disfrutarás de lo que disfruta un empresario... No hay leyes que regulen esto, pero, en la práctica, es así. Y lo mismo con todas las demás ocupaciones.

- ¿Y cómo has acabado tú aquí? ¿Te saliste del círculo de actividades ése tan raro del que hablas?

- No sé. La verdad, no me lo explico: ha sido... como si, poco a poco, algo me empujara a preguntarme qué sentido tenía todo aquello. ¿Me coges?

- Psé, psé, así así. Aunque, ahora que lo dices, puede que sea precisamente eso lo que nos pase a todos de vez en cuando: o te planteas qué sentido tiene la misma vida, o no vives. Interesante cuestión.

- ¡Mar... chando! -Herminio asomó con un vaso enorme de gazpacho y una pata de jamón deshuesada, aunque traía, rara cosa, sólo el hueso.

- Muchas gracias, compañero -dijo Eustaquio, relamiéndose de gusto.

- Las merece completamente -dijo Herminio, al tiempo que se retiraba.

Durante el rato de la cena hablaron poco, no porque no encontraran tema de conversación, sino más bien porque ningún tema era tan apetitoso, tras tres días sin probar bocado, para Anita como lo que había pedido, pasándole otro tanto a Eustaquio, que quedó, raro en él, tan entretenido con el hueso de jamón que no supo decir “esta boca es mía”. Pero se acabó la comida, demasiado pronto para ambos, y volvió la conversación:

- Pues habría que hacer algo -dijo Anita.

- Si tú sabes algo que nosotros no sepamos, o conoces a alguien que pueda ayudarle con algo más de tino que

todos los vecinos...

- No. Pero ya se nos ocurrirá cualquier cosa. Debe haber curación para este tipo de enfermedades.

- Ni se te ocurra decir que Herminio está enfermo. Eso sólo lo dicen los medicuchos que quieren ganar dinero a base de inventarse enfermedades que, curiosamente, suelen ser crónicas. Conozco el tema, porque, como ya te he dicho, he andado con más de un psiquiatra. Si lo de Herminio es un problema, llamémosle problema, no enfermedad. Un problema se quita cuando se descubre algo nuevo que da un sentido nuevo a las cosas que se viven... No creo que tenga que tomar pastillas para mentir menos, aunque uno de esos profesionales ladrones lo diría sin dudar.

- Está bien, está bien. Herminio tiene un problema, y todos los problemas tienen solución.

- Pues aún no has visto nada. Deja que te enseñe. Vas a aprender un montón de estos lugares... Allí arriba, por lo visto, todos tienen el mismo problema. Pero aquí abajo es distinto. Creo que los dos vamos a aprender más de lo que creímos al principio en los próximos días.

Y, teniendo en cuenta la hora, me da la impresión de que nos vamos a tener que ir ya. ¡Herminio!

- No me digas, enemigo -dijo Herminio, saliendo de detrás de la barra como una aparición.

- Mira, hacemos lo de siempre. Mañana o pasado mañana te conseguimos pescado fresco y te lo traemos, si no pasa nada que cambie los planes.

- Nada de eso. Oye, mañana no se te ocurra preguntar a nadie, o enterarte por ahí, como haces siempre, si en el puerto pasa algo. No se sabe nada, ni se habla en las esquinas, ni nada de nada... de algo nuevo que sucede por allí.

- No te preocupes, Herminio. Aunque ya sabes que en el puerto siempre pasan cosas... desagradables. Pocas veces ocurre algo que merezca la pena contar. Y, si se cuchichea que está ocurriendo algo nuevo, quizás sea bueno. Quizás haya llegado la salvación, allende los mares...

- No te pongas serio, no te pongas serio, gato del demonio -terminó diciendo Herminio-. ¡Bueno, espero

no veros más... nunca! Asqueado de haberte conocido, Anita.

- Igualmente, Herminio -dijo ésta, y, mientras salían, se volvió al perro y le comentó:

- Oye, voy cogiendo el tranquillo a la forma de expresarse de este tipo. Es difícil seguirle la conversación, pero se puede, si se está atento.

- En el fondo le vas a encontrar sentido a la vida por aquí, ya verás... Y, a lo mejor, hasta la felicidad.

- Ahora no me saques ese tema, perro estúpido. Para una vez que me lo estaba pasando medianamente bien...

- ¡Anda ya! Si hasta tienes otra cara y todo. Fíjate que, si no fuera un perro, sería capaz de darte un beso con lengua.

- Míralo qué gracioso. Te voy a medir las espaldas de una patada.

- ¡Ja, ja! Si, en el fondo, tú también me amas, “mon amour”...

El restaurante, en el que ya había alguna gente, se empezó a llenar de trabajadores que venían a ver el fútbol o a jugar una partidita de cartas. El perro de las nueve treinta orinó en la esquina de siempre.

IV. PEPE

El sol ya hacía tiempo que había traspuesto las montañas dejando como regalo un último haz de luz rojiza que anunciaba buen tiempo. La gente deambulaba aún por las calles, buscando conversación o un paseo mientras refrescaba en el interior de las casas, casuchas o chabolas, o bien se sentaba en corrillos ante los portales discutiendo temas sin trascendencia o contando chistes o imaginando un día siguiente en el que doliera menos la espalda, hubiera más posibilidad de encontrar trabajo o menos de quedarse en paro, o bien, simplemente, se pudiera disfrutar de otro vasito de vino como el de la jornada que acababa.

Eustaquio y Anita caminaban a paso ligero, tras haber contemplado la salvaje flora de un parque antiguamente cuidado, con un destino que sólo el perro sabía.

- ¿Dónde vamos? -preguntó Anita.

- A una fonda que hay por aquí cerca. No sé si será cómoda en comparación con los lugares en los que estás acostumbrada a poner a descansar esas carnes, pero, lo que es a mí, me encanta.

- Dormir... Es verdad que necesito dormir. No me había dado cuenta hasta que no me quedado con el estómago lleno.

- Normal. Lo primero es lo primero. Ahora podremos dormir hasta que nos hartemos, y mañana continuaremos con el viaje por las tierras salvajes de las afueras. Además de los sitios a los que hay que ir, quizás sería buena idea pasar a saludar a cierto personaje que nos puede aconsejar bien. No sé: ya veremos cuando el

sol nos despierte.

- ¿Sabes qué? Seguramente, pensemos lo que pensemos esta noche, mañana saldrá algo distinto. Así que, yo que tú, tampoco me preocuparía demasiado. En las horas que llevo contigo, esto ha sido una sorpresa continua.

- Oye, que yo, si me pongo a programar, no sabes lo que soy capaz de hacer... Vamos, al minuto te puedo dejar hilado el día.

- No quiero que programes nada. Sólo quiero dormir. Tengo sueño -dijo Anita, mientras abría la boca en un sonoro bostezo que hizo salir sus palabras a trompicones.

- Bien, ya estamos aquí. La fonda de Pepe. Y, por lo que veo a través del cristal, el dueño está en casa.

Llegaron a un portalón amplio, pintado de marrón oscuro, con una gran puerta de cristal de dos hojas a través de la que se veía una tenue luz de lámpara de mesa que iluminaba débilmente una recepción

desangelada. Sobre la puerta de cristal había dibujadas las letras: **FONDA**. Eustaquio arañó el cristal con la pata, produciendo un desagradable sonido que hizo rechinar los dientes a Anita. Desde dentro se oyó una voz aguda:

- ¡Pase!

Anita dio un empujón a la puerta. Dentro, tras el mostrador de la recepción, un hombre escribía en un papel. El hombre, joven, delgadísimo, con una prominente nariz y una melena que le caía por delante de la cara, abrió los cabellos como si se tratase de una cortina y miró a la extraña pareja. De repente dio un respingo, se miró la ropa, que no era otra que un pijama, y dijo:

- ¡Oh! Espere un momento.

Y desapareció tras la cortina, esta vez de verdad, que

se encontraba justo detrás de sí.

El lugar ofrecía un aspecto más bien frío, y sólo una maceta, colocada en la subida de la escalera, intentaba inútilmente alegrar el gris color que ondeaba en la estancia, donde se distinguían, si se fijaba bien la mirada, un sofá y un sillón en una esquina, un cuadro de incognoscible contenido en otra, y una estantería con todas las llaves y algunas cajas fuertes justo tras el mostrador, al lado de la cortina.

- ¿Qué te parece? -comentó Eustaquio.

- Oh... un poco triste, quizás -contestó, tras echar otra ojeada, Anita.

- No te preocupes. Para dormir, es genial.

- Imagino.

La cortina se abrió y apareció otra vez el tipo de detrás del mostrador, vestido con esmoquin, pajarita y

un sombrero de copa.

- Buenas noches, señora. Veo que viene acompañada del perro callejero más conocido de estos contornos. ¿Es suyo? -dijo, con un marcado acento francés. Al momento aparecieron dos candelabros encima del mostrador.

- No soy señora. Soy señorita -repuso Anita-, y el perro no es mío.

- Vaya. Lo sabía. Demasiado joven para ser un señora con perro. Señorita de alto copete, claro. Bien. Un momento -arguyó, y volvió a desaparecer.

Anita se quedó un momento pensativa. Luego preguntó al perro:

- ¿De dónde han salido esos candelabros? ¿Y por qué han desaparecido tan pronto como habían aparecido?

- Cosas de la fonda. No preguntes antes de tiempo. Ya

verás que la cosa es más sencilla de explicar de lo que parece.

- Vaya. Oye, ¿todos tus conocidos son así?

- Bueno, todos no. Algunos son tan perfectos, que no tienen fallos. Pero a éstos les suelo enseñar la ciudad -respondió Eustaquio, con una sonrisa irónica en la cara.

- Sólo he hecho una pregunta, perro chinchoso.

- Alguna vez podrías probar a decir dos cosas, sólo dos seguidas, que significaran algo positivo.

- Si seguimos así, chucho, o terminamos a bocados y cuchilladas, o será el primer matrimonio de la historia entre una joven y un perro. Así que ve afilando los dientes, compañero.

- Mis dientes están listos. Lo tuyo con el cuchillo lo veo más difícil, porque no tienes dinero para comprarlo.

- Oh, hay otras formas de acabar con un chucho que lo único que sabe es meterse en camisas de once varas para criticar las varas y las camisas.

- Qué graciosa. Me parto el culo. Te pareces a una vecina de por aquí que se murió tragándose su propia

huel. La llamábamos “Morrometro”, porque siempre iba con un morro de a metro y todo, absolutamente todo, le sentaba mal. Pero ¿qué leches hacemos otra vez discutiendo? Chica, desde luego... no se puede decir que esta relación no sea intensa. A mí me duele la cabeza y todo. Menos mal que vamos a dormir blanditos y tranquilos.

- ¡Oh, buenas noches, señorita! -el tipo del mostrador regresó ataviado con una camisa, un pantalón de vestir, la melena repeinada y engominada, y atufando a colonia. De detrás de la pared salió un piano de cola, y un violín se oía tocar cerca. Dos enormes espejos se encontraban a la entrada de la recepción y a la subida de la escalera.

- Buenas noches, caballero. Creo que no nos hemos presentado -dijo Anita.

- Efectivamente, estoy de acuerdo con usted en ese falaz pero inconmensurable detalle. Me llamo Joseph, para servir a vous en todo lo que su graciosa e infinitesimal presencia pueda desear o auscultar. Bienvenue a mi humilde morada. ¿Desean una suite?

-dijo Joseph sin dejar de hacer aspavientos y reverencias.

- Me llamo Anita, y le agradecería que, no sé, si no le molesta, dejara de hablar de forma tan extraña, si puede ser, claro, porque no domino el francés como debería, y esa pronunciación... Vamos, que no le entiendo bien -y, dirigiéndose al perro, le dijo en voz baja:

- Oye, ¿qué le pasa? ¿Qué mosca le ha picado ahora?

A lo que el perro contestó:

- Creo que esto va a ser más divertido de lo que creía.

- ¡Oh, mademoiselle! ¿No me encuentro entonces ante una damisela de nobleza sin par y sangre azul cual sinsípido mar?

- ¿Le parezco tener la sangre azul? Hágame un corte si lo desea, pero le aseguro que mi sangre es roja... y más bien oscura.

- Ajá. Y el perro viene con usted -dijo Joseph, en un

tono mucho más neutro, señalando a Eustaquio.

- No exactamente. Más bien soy yo la que vengo con el perro.

- Entiendo. Nada de alto copete. No se preocupe, madame. Vuelvo en un minuto -y desapareció como antes, tras el mostrador y la cortina.

Anita puso los hombros sobre el mostrador e hincó la cabeza entre las manos. Luego, lentamente, acertó a decir:

- Tengo sueñooo, Eustaquio. Esto empieza a parecerse mucho al cuento ése de Alicia en el País de las Maravillas. Sólo me faltaría ver un conejo corriendo porque se le hace tarde.

- ¿Tarde para qué? -dijo el perro.

- Ahí está la gracia. Siempre vi al conejo, pero nunca pude averiguar por qué demonios corría. Hasta que me di cuenta de que a muchos de los habitantes del meollo nos pasaba exactamente lo mismo: corriendo y mirando

el reloj por razones que harían mondarse de risa a una estrella de mar.

- Aquí está claro, querida amiga, que has de seguir el juego de Pepe si queremos dormir esta noche bajo su techo.

- ¿Y qué tengo que hacer?

- Lo que haces. Lo estás haciendo muy bien. Hacía tiempo que no veía a Pepe tan atareado. Por otra parte, es normal: no suele venir mucha gente de fuera. Mira cuántas habitaciones tiene ocupadas.

- Un par de ellas -dijo Anita echando una ojeada a la lista que había sobre el mostrador-. Él, y Luisa.

- ¿Él y Luisa? Entonces vamos a estar bien acompañados.

- ¿Los conoces?

- Claro que sí. Bueno, Él es conocido por todos, más o menos. Seguro que tú también lo conoces. Aunque lo conocerás por otro nombre.

- No sé. Si lo conozco, desde luego, no es como “Él”.

- ¿Passa, pibita? ¿A echar la noche, eh? -Pepe apareció de nuevo. Venía con una cazadora vaquera llena de pegatinas, la camisa abierta, un pantalón vaquero y el pelo despeinado y sobre la cara. Fumaba algo que no parecía ser un cigarro, sino más bien un petardo. La habitación estaba llena de repente de humo, música rock y luces de pub.

- Pues sí, mira tú. Pepe, ¿no?

- Pa servirte a ti en todo lo que quieras. Si hace falta te doy un masajito en los pinreles y te hago la camita, guapetona.

- Gracias, colega, pero no. Estoy muy cansada, no sé si me explico. Muerta de sueño. Necesito una habitación doble, para mí y para el perro. Pero no te puedo pagar, porque no tengo un duro.

- ¿Y desde cuándo ha sido un problema en esta mierda de fonda la falta de billetes? Además, con esa jeta no te podría dejar escapar aunque quisiera. Al que te pensó así habría que darle un premio a la mejor obra.

- Vamos a ver, Pepe -dijo Eustaquio-. ¿Cómo

calificarías a Anita, del uno al diez, entre las mejores modelos?

- ¿Entre las mejores modelos? -se preguntó Pepe-
¿Qué tontería de pregunta es ésta?

- Ya sabes. Con el criterio que se mide a la gente con pasta.

- Mira, chucho, ese criterio es una mierda de pico. Me dan asco esas putonas anoréxicas que viven del cuento y encima se pasean diciendo que son un ejemplo a seguir. Eso no son mujeres: son imitaciones de putos maniquís que cobran por esa cagada más de lo que yo ganaré en mi puta vida. ¿Me explico?

- Eh... perfectamente -dijo Anita, medio sonriendo mientras intentaba separar las palabras normales de los tacos.

- Ésta que tengo delante sí que es una tía con dos cojo... ova... ojos que tumbarían al más tranquilo. Tienes vida, energía, buen rollito, no sé... Y perdona si me meto en un puto berenjenal que no me importa, pero es lo que me ha venido a la azotea nada más te he visto asomar.

- ¿Sabes? -dijo Anita- Eres un tipo gracioso. Me gustan los tipos graciosos que saben lo que dicen. Verás: mi antiguo novio era un auténtico plasta. Sí, estaba cachas y tal, y jugaba muy bien al golf, juego del que, por cierto, nunca he dejado de pensar que es aburrido; pero a la hora de conversar tranquilamente había que sacarle las palabras con un desatascador. De lo único que sabía hablar era de sí mismo.

- Entiendo. Un momento -y Pepe desapareció otra vez tras la cortina.

- ¡Eh, amigo! ¡Que me caigo de sueño! Por favor, Eustaquio, dile que se deje de juegos, que no puedo más.

- Mira, Anita, Pepe no está jugando; pero tranquila, no creo que tarde en salir.

Efectivamente, a los dos minutos estaba fuera vestido de payaso de arriba abajo. Tenía incluso el pelo pintado de verde y una enorme nariz roja, y una flor que escupía agua si se apretaba. La recepción se había llenado de globos y colores chillones: amarillo, verde, rojo, naranja.

- Bueno, bueno, Anita... Espero que te lo estés pasando muy bien por estas tierras.

- ¿Por qué vas así vestido? -le preguntó Anita.

- No sé. Así soy yo. ¿Qué te parece?

- ¿A mí? Oh, muy... original. Cualquiera persona no se atrevería a ir vestido así normalmente.

- Pues ya ves. A mí me parece lo más normal del mundo. Vamos a ver... Aquí tengo la llave de una habitación doble con vistas... al mar, aunque se ve de lejos. Está bien, muy bien, y limpia.

- Oye, en cuanto tenga dinero vengo y te pago, tío. Me sabe muy mal eso de ir de gorra por la vida.

- Anita: con este momento de conversación te has ganado la habitación gratis. Sólo te pido una cosa, encanto, si puede ser.

- ¿Qué?

- Que vengas de vez en cuando. Si quieres, con Eustaquio. No te podrías haber buscado un chucho

mejor para que te enseñe hasta el último escondrijo de las Afueras.

- Todavía no me he ido, Pepe -dijo Anita.

- ¡Anda, es verdad! De todas formas, acuérdate cuando te vayas.

- No te preocupes. Pienso estar por aquí una temporadita.

- Buenas noches. Dulces sueños. Huele, trae suerte -dijo Pepe, acercándole la flor a la cara a Anita y largándole un chorreón de agua que la dejó con la boca abierta, al tiempo que payaso y perro se echaban a reír a carcajadas.

- ¡Hasta mañana, chica mojada! -dijo Pepe.

- Hasta mañana, mamoncete -dijo, entre dientes, mientras se secaba, Anita. Luego cogió las llaves y subieron al segundo piso, ella y Eustaquio. Mientras subían por las escaleras, Anita hablaba con el perro.

- Oye, es buena persona ese Pepe, ¿eh?

- No te lo niego. Es una bella persona. Tiene también un problema grande, pero es muy bueno.

- ¿Cuál?

- Oh, eso lo tienes que averiguar tú, amiga. Aunque no es difícil. Pero, como acabas de recordar hace unos minutos, nos espera un merecido descanso. Mañana averiguas lo que quieras.

- En eso, amigo, tienes toda la razón del mundo. Estoy deseando llegar al colchón, tumbarme, cerrar los ojos... y no saber nada del mundo hasta mañana, bien entrada la mañana.

Llegaron al piso primero. Por el pasillo, en sentido contrario, venía un niño de pelo blanco, que jugueteaba con las extrañas figuras que formaba el papel de las paredes.

- Mira, ahí tenemos a Él. ¡Eh! ¿Cómo va la vida? Nunca sabes dónde o cómo te lo vas a encontrar. Es... no sé, difícil de explicar, como si siempre estuviera presente y lo supiera todo de todos -dijo Eustaquio.

- Creo -dijo Anita, mirando fijamente al niño- que a

mí ese niño no me suena de nada.

- ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué tenemos por aquí? Pero si son Anita y su nuevo amigo, Eustaquio... -dijo Él.

- Buenas noches, amigo. ¿Cómo va esa vida? -dijo Eustaquio.

- No me puedo quejar -contestó el niño, con una voz dulce y acompasada-. ¿Cómo va esa búsqueda, Anita?

- Perdón. ¿Nos conocemos? -preguntó Anita, intentando en vano recordar un personaje como aquél alguna vez anterior.

- Vaya, chica. Extraña pregunta -contestó el niño.

- ¿Por qué? -preguntó Anita.

- La última vez que nos vimos tenías la cara menos alegre, y más preguntas agobiantes detrás de los ojos. Veo que venir aquí te ha ayudado, aunque... no sé si has encontrado lo que andabas buscando.

- ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? -preguntó Anita, cada vez más intrigada con el niño, y creyendo sospechar algo.

- Mmmmmmh -el niño pareció pensar unos segundos
-... justo después de que dieras aquel portazo en el piso
de tus amigos.

- ¡Anda! ¡Pero si es el anciano! ¡Qué raro! ¿Cómo te
has convertido en niño así, de repente? -dijo Anita,
cayendo, al fin, en la cuenta.

- La cuestión es: ¿soy yo un niño, o eres tú la que
quieres verme como un niño? Yo soy el que soy, ni más
ni menos.

- Pues yo siempre te conocí como el anciano que
andaba de acá para allá... y con el que me tropezaba en
algunas ocasiones.

- Ajá -hubo unos minutos de silencio. Luego,
incómoda, Anita dijo:

- ¿Sabes? Todavía no he encontrado la felicidad; pero
creo que a cada momento que pasa estoy un poco más
cerca. He conocido a unas personas que me tratan como
a una persona, y mañana, no sé, a lo mejor vamos...

- ¿Al puerto? -preguntó el niño.

- Eso, sí, al puerto.

- Muy bien. Allí se suelen encontrar cosas inesperadas.

- Bueno, nos tenemos que acostar -indicó Eustaquio.

- Me preocupa Luisa -dijo el niño, mirando al techo. No sé, está tan sola últimamente... Temo por ella, sus gritos han llegado hasta mis oídos. Duerme tranquilo, Eustaquio, y no molestes a Anita más de lo necesario. Aún tiene cosas importantes que descubrir. Adiós, hijos.

- Adiós -dijo Anita. El niño desapareció escaleras abajo. Eustaquio dijo a Anita:

- Es muy enigmático, pero siempre dice algo que tiene mucho que ver con uno. Si lo escuchas, luego, cuando estás en el ajetreo del día a día, dices de repente: “esto me lo ha dicho Él. Seguro”. Y aciertas.

- Por cierto: mañana quiero conocer a Luisa.

- Eso te lo ha dicho Él. Seguro.

- ¿Eh? Puede que sí. De todos modos, quiero conocerla.

- La conoceremos, no te preocupes. Se está quedando a vivir aquí.

Anita se paró frente a una puerta en la que había un número: el 102. Anita metió la llave mientras el perro movía la cola cada vez más agitadamente, abrió la puerta y, antes de que le diera tiempo siquiera a echar un vistazo, Eustaquio estaba ya sobre una de las camas, preparándose el hueco para echar su sueño.

- ¡Eh, eh, eh! -dijo Anita- No creo haber recordado que repartiéramos las camas antes de entrar.

- ¡Venga ya! Las dos camas son iguales. Yo, de hecho, ya estoy acoplado; así que, si quieres quitarme, muévete tú, porque no pienso cambiar de postura hasta que el sol me dé en la cara.

- ¿Y ni siquiera vas a mirar la habitación, por si no nos gusta?

- Esta frase no es mía, pero “he dormido en lugares que harían vomitar a una cabra, chica”. Así que, a no ser que ya esté ocupada por alguien que se haya escondido cuando hemos entrado, me quedo. Si tú tienes algún

problema puedes bajar y hablarlo con Pepe, aunque te recuerdo, amiga mía, que no hemos pagado un céntimo por esta increíble suite. He dormido otros días, anteriormente, por aquí, pero en cuchitriles peores. Y aquí no hay pulgas, seguro: soy un especialista en pulgas.

- Está bien, amigo. Nos la quedamos.

- Ya te digo. Si tiene hasta servicio.

La habitación era, todo hay que decirlo, muy bonita, si bien “bonito” es una palabra tan relativa a gustos personales que es difícil aplicarla de forma universal a algo en concreto. Pero, teniendo esto en cuenta, hay que decir que sí: era bonita. Tenía unos grandes ventanales que daban a una callejuela y, a lo lejos, al mar, desde el que, cual decorado infinito, salía a aquella hora una luna grande y de color canela. Dos grandes cortinas de terciopelo evitaban que la luz molestara a los habitantes, y un tenue azul envolvía todas las cosas como manta agradable y cálida. El mobiliario, sencillo, era de madera de nogal y parecía trabajado por manos artesanas. Un

penetrante olor a lavanda daba un toque natural y silvestre a la limpieza que se observaba en todo. La lámpara tenía unas figuras que, cuando se encendía, se convertían en sombras que daban vueltas por el lugar: brujas, calabazas, lobos, lunas y garras que se perseguían unas a otras en una interminable carrera.

Anita dijo, de repente, tras observarse:

- No tengo pijama, Eustaquio.

- ¿Y cuál es el problema, cariño? -respondió Eustaquio, que ya empezaba a quedarse dormido.

- Me da vergüenza desnudarme delante de... gente.

- Ya. Mira, Anita -Eustaquio enarcó las cejas y levantó la cabeza-: no sé si te has dado cuenta, pero soy un perro, y me gustan las perras. Me da igual que tengas ocho kilos de más o cincuenta, porque las modelos me dan asco, salvo raras excepciones. Y, por último, tengo muchísimo sueño. Así que, si no quieres quedarte en pelotas delante de un perro que habla, haz lo que

quieras. Claro que, en mi humilde opinión, no hay nada más cómodo que dormir en pelotas. Pero no tengo ese problema, porque, como ves, voy vestido de fábrica. Hasta mañana.

- Hasta mañana. Que descanses.

- Igualmen... -Eustaquio se quedó dormido. Anita, viendo que el perro tenía razón, se quitó la ropa y se metió entre las sábanas como Dios la trajo al mundo, aunque no la terminaba de convencer el asunto. Sin embargo, al final pudo más el sueño que el pudor por las carnes abultadas, y se quedó dormida. Como un tronco.

El búho de la ventana ululó tres veces.

VI. LUISA

Amaneció un día soleado, despejado, que olía a mar y a aventura. Anita fue cayendo en su cuerpo poco a poco, hasta que sintió el sol cosquillearle en la nariz. Abrió los ojos lentamente y, por un momento, pensó que todo lo que había sucedido el día anterior no era más que un bonito y extraño sueño y que, no sabía si por suerte o por desgracia, se encontraba en su piso dispuesta a comenzar otro atareado día en la oficina. Volvió la cabeza hacia la izquierda y vio a Eustaquio, que aún no había sentido el sol sobre la piel, por lo que dormitaba a pierna suelta, y respiró tranquila. Bostezó con todas las ganas de que era capaz. Se levantó, abrió la cortina y

miró, aún casi sin ver, la calle.

La gente andaba atareada a más no poder, por lo que, dedujo, debía ser mediodía. Entonces le vinieron a la cabeza dos cosas casi al mismo tiempo: una, que tenían mucho que hacer aquel día, aunque no recordaba exactamente qué, y otra, que estaba completamente desnuda. Así que volvió a correr la cortina y fue a donde estaba el perro.

- Eustaquio, es de día. Eustaquio, es MUY de día. ¡Eustaquio, levanta!

- ... Y, claro, muñeca, no te vayas a creer que soy un chico fácil sólo porque te he lamido de esa manera. A mí me van las relaciones duraderas que van avanzando poco a poco, como me decía aquel director de cine, algo surrealista, con el que estuve trabajan... -Eustaquio, que, aunque había levantado la cabeza, seguía con los ojos cerrados, los abrió de repente- ¡Oh, vaya! Estaba soñando... ¡Muchachita! ¡Así que lo tuyo era real!

- Hola, amigo. Me voy a dar una ducha. Hay que irse.

- ¿Cómo que hay que irse? ¡Tenemos tiempo, princesa de ojos oscuros!

- Teníamos tiempo hace horas. Debe ser mediodía.

- Vaya, vaya, vaya -el perro cambió la faz y se desentumeció dando saltitos en lo alto de la cama-. Entonces tienes razón: hay que darse prisa. Aunque sin agobiarse, ¿eh? Hay más días que ollas, y lo mismo que podemos hacer un montón de cosas hoy, podemos hacerlas también mañana. No estamos en ese mundo perfecto y milimetrado tuyo donde hasta el tiempo cuesta dinero.

- Bueno, yo voy a darme una ducha. Ahora me explicas eso último que has dicho, que no lo he cogido bien.

- Voy a ver si Pepe tiene algo para desayunar.

Y sí, Pepe tenía algo para desayunar: pan, queso curado y cerveza. Eustaquio puso un par de latas, un trozo de queso y un gran pedazo de pan en un cesto, y

cargó con él escaleras arriba, hasta el dormitorio. Cuando llegó, Anita estaba recién duchada, ante el espejo, desnuda y pellizcándose las pocas molas que se le veían en el abdomen.

- Me parece, y no es por criticar -dijo Eustaquio, mirándola- que estás soseída con eso de la gordura.

- ¿Cómo? -dijo Anita, asustándose, pues no lo había oído llegar.

- Soseída: dicese de aquella característica de ciertas personas preocupadas en demasía por algo que sólo ven ellas y los cuatro gilipollas que piensan igual. Vamos, que te preocupas inútilmente.

- ¡Qué sabrás tú de tipos femeninos! -Anita se enfadó tras la explicación de Eustaquio.

- ¡Oh! Mira, señorita: puede que yo no sepa mucho, pero no tengo los prejuicios de tu perfecto mundo donde, por lo que veo, juzgáis a las personas por el físico. Ser obeso allí debe ser como tener un cáncer, o peor.

- ¿De qué demonios estás hablando?

- De lo mismo de lo que hablaba cuando te metiste en la ducha, maja desnuda. Por cierto: felicidades, veo que estás superando con creces tu miedo al desnudo. Te voy a dar un par de reglas para caminar por las afueras sin que parezcas una estúpida.

> Primero: no te agobies por el tiempo más de lo necesario. Aquí la gente vive en la misma mierda sea la hora que sea, y no se tiene que preocupar de llegar a ningún sitio antes que los demás, porque no hay sitio donde ir.

> Segundo: no mires a la gente por la apariencia. Aquí tienen bastante con sobrevivir, no creo que a nadie con dos dedos de frente se le ocurra trabajarse el cuerpo más de lo imprescindible para estar presentable, y los cuerpos más trabajados lo están a base de cerveza y alcohol en general. Así que, y para terminar la lección de la mañana, el desayuno ha llegado hasta la cama.

Cerveza y pan con queso.

- ¿Cerveza? ¿A estas horas?

- También hay agua del grifo. Mademoiselle puede elegir.

- Oye -Anita puso los brazos en jarras-, estúpido bicho: es la primera vez que salgo del meollo, así que no me pidas que lo sepa todo en tres días ni que me acostumbre a todas las rarezas, por llamarlas de alguna forma, de este lugar en dos ratos. Creo que tu paciencia tiene el mismo grosor que tu capacidad craneal; y si desde el amanecer vamos a empezar así, tendremos que comprar un par de pistolas antes de ir a ningún sitio.

- Esto... chica, déjalo. No merece la pena: no sé disparar, y no lo haría aunque supiera. Si he dicho algo que te pueda disgustar y no llevo razón, perdona, porque siempre suelo decir algo de más. Y, ante todo, desayunemos tranquilos. ¿No te parece? Además, a estas horas todavía no tengo las neuronas como para discutir mucho rato.

- Lo mismo digo. Anda, vamos a por la cerveza.
¿Amigos, otra vez?

- ¿Hemos dejado de serlo en algún momento? -dijo Eustaquio, guiñándole un ojo a Anita.

- ¿Sabes? Incluso esta forma de pelearse es tan distinta de las discusiones que tenía con la gente en el meollo... Por ejemplo: en el piso, la misma discusión hubiera costado tres días de hocico tieso.

- Hablando y, sobre todo, escuchando se entiende la gente. Aunque haya que discutir un poco.

- Estoy deseando probar el queso... Tiene una pinta...

Comieron rápido, ya que tenían hambre, y Anita se vistió con la misma ropa del día anterior, y del anterior al anterior, porque no tenía otra. Cuando terminó de hacerlo dijo a Eustaquio:

- Jo, Eustaquio, me doy asco. La ropa está hecha una mierda.

- Tranquila, no desentonarás mucho con la gente de por aquí. Cuanto menos se vea la forma del vestido,

menos desentonarás.

- ¿Qué quieres decir?

- Que ese vestido dice a voces: ¡no soy de aquí! Pero tampoco eso importa mucho, claro. A la gente le da lo mismo, a fin de cuentas, como uno vaya vestido.

- ¿Sabes? -cambió de tema Anita- He estado pensando en Pepe, el de la recepción. Creo que intenta agradarte según tú eres, pero... le pone demasiado empeño.

- Buena apreciación. El problema va más allá, sin embargo, del querer agradar. Bastante más allá. Pero no te preocupes: lo descubrirás tarde o temprano.

- En cuanto a lo del vestido, me compraré otra cosa en el momento que pueda, que esté más limpia y sea más normal. Por lo pronto, debemos irnos.

- Sí. Nos espera un gran día. Emocionante, sobre todo para ti, mi novata habitante de las afueras.

Salieron del piso. Anita hizo ademán de cerrar la puerta con llave.

- Haz lo que quieras -le dijo Eustaquio-, pero ahí dentro no hay nada que puedan robarnos, y el que quiera robar preferirá hacerlo en una habitación cerrada con llave, signo inequívoco de que el que se ha ido oculta algo. Lo abierto entusiasma menos a los ladrones.

- Buena teoría. Incomprensible para la mayoría de la gente, pero buena. Y, como muestra de que lo he cogido, dejaré la puerta abierta.

De repente, desde el fondo del pasillo, llegaron unos gritos:

- ¡Nada! ¡Nada importa ya! ¡Ninguna razón! ¡Ningún futuro! ¡Desaparece sin dejar rastro!

Tras estos enigmáticos y poco reconfortantes alaridos, se escuchó un golpe y un quejido profundo. Anita y Eustaquio corrieron hacia el lugar de procedencia del sonido, y he aquí lo que vieron:

en la última habitación del pasillo, envuelta en luz roja y un penetrante olor a colonia barata y a opio, sábanas de colores y humos que formaban figuras sin forma, risas y llantos, algodones, colillas, gemidos, caramelos, cuernos, animales, desamores, golpes, tormentas, desesperanzas, borracheras, santiguados, machadas, miedos, ayes, despedidas, soledades sin soledad, compañías sin compañía, sudor, flores marchitas en primavera, cosificaciones, alabanzas orgásmicas, sótanos cerrados a cal y canto, maldiciones, sonrisas falsas, placeres asesinos, se veía una cuerda tendida desde el techo, y una silla tumbada sobre el suelo. Entre la cuerda y la silla, pendiente de la primera, se debatía una mujer con los últimos estertores de la vida. Una mujer decidida, fría, segura, que había elegido su fin y había llegado hasta él sin más gritos que los que acababa de proferir, y que ahora luchaba por morir, no por vivir, rápido. Sus ojos, ya vidriosos, eran grandes y oscuros, penetrantes, preciosos, y su cuerpo, con cicatrices del oficio, empezaba a temblar.

Anita no pudo ver más antes de que en su cerebro se encendiera una luz de alarma y corriera junto a la mujer, asiéndose de sus piernas y tirando de ella hacia arriba con todas las fuerzas de que era capaz. Eustaquio dio un salto, quizás el más grande que había dado nunca, y agarró la cuerda con los colmillos, apretando para romperla y dejar caer a la agonizante criatura al suelo. Después de varios intentos consiguió partir la soga, y soga, ahorcada y sosteniente rodaron por el parquet.

La chica de la cuerda se revolvía con la cara morada; Anita se abalanzó sobre ella y aflojó el nudo para que pudiese respirar, mientras Eustaquio daba saltos sobre el corazón de la muchacha, queriendo animarlo a seguir su desacompasado latir. La chica no podía respirar, y Anita tuvo que hacerle el boca a boca varias veces hasta que, tras esfuerzos sobrehumanos, sus pulmones se empezaron a llenar de aire por sí mismos. Con los ojos abiertos como platos, miró al perro y a la muchacha que la habían salvado, y luego se miró a sí misma. Se había

orinado y cagado encima.

- ¿Por qué? -susurró, pues sus cuerdas vocales habían quedado momentáneamente dañadas en el intento de suicidio. Eustaquio creyó ver en la expresión una petición de explicación de la realidad corporal excretada que acababa de mirar la chica, y se dirigió a ella en estos términos:

- Verás, Luisa: cuando uno muere por asfixia el cuerpo usa todas sus fuerzas en el sólo intento de respirar, aunque la muerte haya sido, como en tu caso, preparada y llevada a cabo personalmente por el sujeto en cuestión. Así que los esfínteres, mientras el momento final se va acercando, se van relajando, dando lugar a esos fluidos corporales tan conocidos por todos. En fin, míralo por el lado bueno: no llevabas más ropa que esa bufandita sobre las caderas, así que no te has manchado mucho.

Luisa hizo un gesto de negación con la cabeza,

comprendiendo entonces el perro que no se refería a los esfinteres y que su reflexión era poco atinada para el momento. Así que se decidió a intentar comprender la pregunta, aunque había que prestar mucho oído para entender lo que la susurrante suicida decía.

- ¿Por qué lo habéis hecho? -preguntó Luisa, entre ahogos, con el ceño fruncido.

- ¿Eh? -fue la primera reacción de Anita al oír la pregunta, no dando crédito a lo que acababa de decir Luisa- ¿Que por qué te hemos salvado?

- ¡Sí! -exclamó Luisa.

- ¡Vaya! ¡Que por qué la hemos salvado! ¡Válgame Dios! No sé, debe ser algún instinto de conservación raro que tenemos los seres humanos. Nos pareció lo mejor en vista de lo que observamos nada más llegar a la puerta.

- ¿Y vosotros qué sabíais si yo quería vivir más o no?

- Perdona -dijo Anita, visiblemente enfadada por el nulo agradecimiento de la mujer-, pero no sé si

esperabas que te hubiéramos preguntado educadamente: “buenos días, Luisa. ¿Prefieres que te salvemos, o deseas mejor que te dejemos ahí colgada, cerremos la puerta y dejemos la llave en recepción para que puedas pudrirte sin que nadie te moleste?” Chica, en este momento teníamos la misión de salvarte la vida.

Entonces Luisa se incorporó, señaló a Anita con el dedo índice de la mano izquierda y le gritó con voz ronca:

- ¡No le habéis salvado la vida a nadie! ¿Quién te crees que eres, presuntuosa niña de ojos soberbios? ¡No podéis salvarme la vida! Sólo habéis prolongado mi condena, nada más. Vuestra misión no puede ser la de salvar vidas, porque nadie puede hacer eso por nadie. Nadie excepto Dios puede salvarme la vida. ¡Te crees Dios! ¿Verdad? Vienes aquí sin conocerme, sin saber de mí, sin haber descubierto el significado de esta soga, y te crees con derecho no sólo a arrebatarme la muerte, sino a erigirte en juez de mi vida. Tú no eres Dios. Dios me

ha abandonado, es un cabrón que me ha dejado sola, y ahora el único juez que hay para poder juzgarme soy yo misma. ¡Yo me he condenado! ¿Quieres salvarme? ¡Arregla entonces esta sogá!

- ¡Eh, eh, eh! -dijo entonces Eustaquio, metiendo la cabeza entre el dedo de Luisa y Anita- ¡Vayamos por partes, mi enfurecida amiga! No creo que hayas oído decir nunca que soy Dios, chica, ni que quiera salvarte la vida. Tendrás que perdonar a mi atolondrada amiga Anita, pero ella viene de un lugar en el que se creen salvadores porque han dejado de creer en Dios, y aún no ha sido capaz de superar eso. Tienes razón en lo de que no podemos salvarte, por tanto; simplemente hemos hecho algo que tú, si hubieras estado en nuestro lugar, habrías hecho igualmente, y es evitar que te ahorques, por ese, como muy bien ha dicho Anita, instinto de supervivencia que poseemos todos los humanos y animales en general que no estamos tan desesperados como tú. Aclarado este pequeño punto, ¡No te consiento que trates así a Dios! ¿Quién te crees que eres para juzgarlo? Pero eso, amiga, lo podemos hablar después de que te des un baño mientras te arreglamos un poco el

piso, porque apesta a mierda.

- ¡No se os ocurra cambiar nada! -dijo Luisa.

- No te preocupes: si quieres seguir viviendo en un puticlub, allá tú. Sólo vamos a limpiarlo un poco, para que no des asco a los clientes.

Así que, sin más, Luisa se metió en el baño y abrió el grifo, y se la oyó llorar mientras dejaba que el agua cayera por su cuerpo. Mientras, Anita y Eustaquio se dispusieron a adecentar aquel antro.

- Bien, habrá que empezar por quitar esas asquerosas bombillas rojas y sacar estas revistas que, en general, no deberían estar en el cuarto de una chica decente. Después...

Eustaquio abrió mucho los ojos y, tras aquellas palabras, interrumpió el resto del plan con estas otras:

- Anita, aún tienes mucho que aprender. Primero deberías aprender a ESCUCHAR, que es sano y no viene mal a nadie. Y no te culpo, porque supongo que en el meollo, y cada vez estoy más seguro, tenéis una concepción de la vida, la gente y la ayuda muy distinta a la que tenemos aquí.

- ¿Qué he hecho ahora? -se exasperó Anita.

- Decir tres tonterías que muestran tu poco tacto y tu falta de experiencia en el trato con personas distintas -contestó Eustaquio-. Hemos dicho a Luisa que íbamos a limpiar la habitación, no que fuéramos a quitar nada, y eso haremos. Esas bombillas y esas revistas forman parte de la forma de ganarse la vida de Luisa y, a no ser que ella quiera cambiar ésta, no le sentará bien en absoluto que nos llevemos aquéllas; y queda claro que ni tú ni yo la vamos a obligar a que deje de ser puta.

- Se dice “mujer de vida alegre”, en todo caso...

- Oh, sí: la vida de Luisa es cachondísima. Para colgarse. Se dice puta, sin ningún ánimo de considerarla por eso un ser despreciable. Por último, se ve que tu concepción de “chica decente” es, por lo menos, lejana a

la realidad si consideras que, no sé, esas guarras que salen en la tele son muy decentes porque no tienen bombillas rojas y revistas porno en la casa, o que la decencia coincide con la apariencia pulcra, porque te aseguro, con la pata en el pecho, que Luisa es más decente que todas ellas juntas. Dicho esto, vamos a limpiar.

- Pero, ¿no deberíamos quitar...?

- Limpiar. Limpiar y se acabó.

Y así, mientras Luisa terminaba de ducharse, Anita y Eustaquio barrieron, limpiaron el polvo, quitaron los condones usados que andaban tirados por el suelo, dieron un fregado y abrieron las ventanas, de forma que, aun sin quitar otra cosa, el cuarto no parecía el mismo. No bien hubieron acabado la limpieza, salió Luisa, ya duchada y con ropa limpia, y miró alrededor:

- Gracias. Y si Dios no me ha abandonado, dime, ¿cómo llamarías tú a mi vida? Soy la escoria de esta

escoria de barrio, ya no soy capaz ni de sonreír porque nadie creería mi sonrisa. Todos y todas me miran como a una puta que no sabe hacer otra cosa que vender su cuerpo. Hace tiempo que dejé de hablar con la gente porque nadie me escuchará: los hombres pensarán que una puta está mejor callada, y las mujeres creerán que una maldita puta no tiene nada que decirles. Me he convertido en un despojo de mí misma, en basura, en nada. ¿A quién le importa que tenga algo que decir? Hasta Dios ha callado, porque también Dios se ha cansado de mí. A nadie le importaría que yo hubiese acabado mis días esta mañana: ni siquiera saldría en la página de sucesos del periódico. Estoy sola en el mundo: me ha juzgado el mundo, y me ha condenado; me ha juzgado Dios, y también me ha condenado. ¿Y vosotros? ¿Os uniréis a la feria? ¿O tenéis algo nuevo que decirme? -dijo Luisa, sollozando y dando puñetazos en la cama.

Eustaquio tomó la palabra, pues Anita había quedado muda, sin nada que responder.

- No tengo nada que objetar a lo que has dicho, porque es lo que sientes. Permíteme sólo dos cosas: deja siempre una pequeña puerta abierta. ¿Y si Dios no te ha condenado? Yo no lo he hecho. Y Anita... tampoco. Mira: ya no puedes caer más bajo, Luisa. Lo que has hecho esta mañana es llegar al fondo de ti misma. Ahora sólo puedes mirar hacia arriba, o sacarte los ojos. Pero sólo intenta quedarte con esto: si tú te has condenado, y nosotros no, alguien está equivocado. Y sé cómo puedes, quizás, averiguarlo. Me han dicho, de buena tinta, que en el puerto está pasando algo diferente. Te propongo que le des una última oportunidad a la vida.

- ¿Qué está pasando allí? -preguntó Luisa.

- No te puedo decir más. Nosotros vamos a ir esta tarde. Vente. Puede que sea algo bueno. Si después de ver lo que haya allí sigues teniendo ganas de acabar con tus días, prometo no impedírtelo.

- Y yo también -habló, por fin, Anita.

- Está bien. Lo juro. No me quitaré la muerte hasta

que no vaya allí. Ahora, marchaos. Quiero estar sola.

- Nos vemos en el puerto, ¿eh? -dijo Eustaquio, guiñando un ojo.

- No te preocupes. Nunca es bueno suicidarse dos veces seguidas -dijo Luisa.

Y, con estas palabras, Eustaquio y Anita salieron de la habitación y del edificio, no sin saludar antes a Pepe, que estaba otra vez disfrazado de payaso y les saludó con un bonito truco de magia.

- Oye -dijo Anita cuando hubieron salido-, ¿quién es en realidad Pepe?

- Vaya: ahí está el tema. Nadie lo sabe. Según con quien hable, así es. Parece que su problema no es otro, aunque las raíces... son tan profundas, que es difícil llegar a ellas.

- Pobrecito. Bueno, Eustaquio, son casi las dos. ¿Dónde vamos?

- Oh, a ver a Adolfo.

- ¿Por qué le dices a todos que vayan al puerto?

- Porque... esto... -Eustaquio parecía indeciso en su respuesta- tienen poco que perder y mucho que ganar. Todos tenemos poco que perder y mucho que ganar. Y si allí podemos ganar algo, eso que nos encontraremos.

- ¿Y si no?

- Chica, ¿te he fallado alguna vez en este tiempo? Tú confía en este viejo sabueso. El olfato me dice: el viento está cambiando, a mejor. ¿No lo notas?

- Hombre, es verdad que estoy mejor que ayer.

- ¿Has visto? Eso es sólo el comienzo. Anda, vamos por esta calle; por ahí no es.

- Vale, vale. Vamos.

Mujer y perro se metieron en una calle estrecha que cruzaba toda una manzana. El pescadero pasó ante la fonda y dio tres toques de bocina.

VII. ADOLFO

El sol caía a plomo sobre las calles rezumantes de algarabía. Los obreros de la construcción levantaban las paredes de una casa mientras silbaban a las mujeres que pasaban ante ellos contoneando las caderas. Los jubilados jugaban su partida de “dómino” en el portal de una casa, sobre una mesa de playa, con la parsimonia del que espera ya poco de la vida y deja que pase el tiempo. El tonto de la calle bajaba preguntando a unos y a otros la misma pregunta, quizás sin respuesta, o quizás con una respuesta más allá de las mentes de los que contestaban con burla. El traficante esperaba aún, en su escondrijo, a que el sol retirara su luz para ofrecer la

muerte a los más jóvenes del barrio. Tres vecinos discutían acaloradamente las últimas noticias acerca de los famosos que iban a pasar aquel verano en las costas del meollo, que se habían divorciado por dinero o vuelto a casar con las bendiciones de algún cura por dinero o sonreído junto a unos niños con cáncer por dinero o visitado un país del Sur y posado frente a solidarias cámaras por dinero. Un gato, ajeno a todo, descansaba con la cabeza sobre las patas, lamiéndose las garras, tumbado en la acera, sin nadie a quien maullar o a quien perseguir, o sin ganas de hacerlo.

Anita y Eustaquio llegaron ante una puerta verde con manchas marrones y negras. Anita tocó al timbre, y sonó un toque de corneta.

- ¡Atención! ¡Presenten armas! ¡Salgan a abrir la puerta! -se oyó desde dentro, y tras ello una carrera a pisotones que paró justo al otro lado de la puerta, frente a ellos.

- ¿Quién es? -dijo el de dentro.
- Hola. Unos amigos de Herminio.
- ¡Entendido! ¡Proceda, soldado!

Llegó entonces el sonido de apertura de un cerrojo, de descorrimiento de tres pestillos, de desenredamiento de una cadena, de pulsación de una cerradura de seguridad electrónica, y después, tras dos golpes, se abrió la puerta.

- ¿Dígame, señorita?

El hombre que abrió de forma tan trabajosa no tenía más de treinta años. De facciones pronunciadas, grandes ojeras y ojos escondidos, miraba con temor hacia delante y hacia los lados; llevaba un vestido militar completo, incluido el casco, y se refugiaba detrás de un arma ancha, comúnmente llamada “zetme” en el argot militar.

- Vaya, otro al que le va disfrazarse -dijo Anita a Eustaquio, con voz tenue.

- ¡Señor, sí, señor! ¡No voy disfrazado, sino vestido de forma correcta! -contestó el hombre del traje verde.

- Ah, eres militar. Perdona, pero es que llevo unas horas bastante extrañas, y ya no sé reconocer la diferencia entre un disfraz y un uniforme. Me llamo Anita. Éste es Eustaquio.

- Eustaquio. ¡Sí, señor, reconocemos a Eustaquio! ¿Cómo te va, Eustaquio?

- No me puedo quejar, Adolfo. Hoy aquí y mañana allí, en esto y en lo otro... Nunca me falta trabajo, amigo.

- Así que ya os conocíais. ¿Hay aquí alguien a quien no conozcas, perrito faldero? -preguntó, sonriendo, Anita.

Eustaquio pensó un momento. Luego dijo:

- No, a no ser que se encierre mucho. Bueno, Adolfo, queríamos hablar un rato contigo. ¿Podemos pasar a tu humilde morada?

- ¡Señor, sí, señor! Un momento, voy a darle un ligero arreglo -y les dio con la puerta en las narices.

- Veo que, aunque los personajes hasta ahora han sido raros, éste no los desmerece -dijo Anita.

- Haz el favor, Anita, de no calificar a la gente en “como yo y mis colegas” o “raros”, porque las cosas no son tan simples y, en todo caso, en este lugar no son ellos más raros que tú. Cada cual tiene sus rarezas, y sus razones; pero hay gente que, con ellas, mira más allá, y gente que no. Ahí está la diferencia.

De repente llegaron de dentro estas voces:

- ¡Soldado, arregle este desorden! ¿Cómo puede aguantarse que un miembro del ejército viva con esta falta de disciplina? ¡Va a pasar dos meses en el calabozo!

Y se escucharon ruidos que hacían pensar que se estaban ordenando, o por lo menos moviendo, cosas.

- ¿Con quién vive? -preguntó Anita.

- Solo -contestó Eustaquio, con una sonrisa de oreja a oreja. Tras diez minutos de espera volvió a abrirse la puerta, y apareció Adolfo, sudoroso, zetme en manos, que los invitó a entrar. Aceptaron, cómo no, la invitación.

La casa era pequeña, estaba limpia y desordenada. Un montón de libros, revistas, periódicos y películas de vídeo andaba sobre las mesas, en el suelo, y apelotonado en los muebles; colgadas en la pared había una foto de una mujer mayor con muy mala cara, presumiblemente su madre, y una espada, un hacha y varias pistolas.

- ¡Sentaos por ahí, donde podáis! ¿Una tapita, o algo de comer?

- Bueeeenoooo... -dijo Eustaquio- Si tienes algo, vale,

te lo aceptamos. Pero no te vayas a poner a hacer de comer ahora, ¿eh?

- ¡No, señor, la comida está lista! ¡Hoy tenemos ensaladilla rusa y pollo en salsa!

- ¡Fantástico! ¿Qué salsa? -preguntó Eustaquio, mientras Anita lo miraba con cierta sorpresa ante la impresionante muestra de gran careto.

- ¡Venía con el pollo, señor! ¡Es precocinado!

- Vale, vale, tráetelo y charlamos un rato.

- Te ayudo, Adolfo -dijo Anita, y acompañó al soldado a la cocina.

- ¡No, señorita, puedo hacerlo solo! -dijo Adolfo, cerrándole el paso.

- Ya lo sé, grandullón. Pero, si no te importa, me gustaría ayudarte -contestó Anita.

- Entonces... -el soldado quedó un momento callado, sin saber qué contestar- vale!

Y los dos se fueron hacia la cocina mientras

Eustaquio se acomodaba en el suelo, cerca de la mesa, y miraba, meneando el rabo, el retrato de la madre de Adolfo.

- Pobre señora, no tenía ella la culpa de ser tan fea en vida. De todas formas, aparte del sobreproteccionismo que tenía usted con Adolfo y sus hermanos, no era mala mujer... Aunque, todo hay que decirlo, señora, tanto cuidado le sirvió de poco. Federico, su hijo mayor, se ha divorciado ya dos veces de dos buenas mujeres por culpa de la droga. Joselín está en la cárcel por robar radios de coches, oficio que, en fin, ya no se lleva porque los coches traen la radio incorporada. Nacho se ha hecho Drag-Queen por parecerse a su madre, y ahora lo llaman Nacha Pop; no digo yo que sea malo ser reinona, pero el problema que tiene en la cabeza lo tendría lo mismo si fuera boxeador. Y mire usted a Adolfo, su ojito derecho: perdió a su madre y perdió cualquier atisbo de valentía o de capacidad de enfrentarse en solitario a la vida. Señora, la intención era buena, pero los resultados nefastos.

En ese momento aparecieron Anita, con un montón de platos y vasos en una mano y los correspondientes cubiertos en la otra, y Adolfo, con un mantel, una olla y, por supuesto, el zetme.

- ¡Aquí está la comida, señor, Eustaquio! Su amiga tiene muy buena conversación.

- Oye, ¿es necesario que lleves siempre ese cacharro colgado? -dijo Anita, señalando el arma.

- ¡Sí, señorita, es necesario! ¡Pueden atacarnos!

- ¿Quién va a atacarnos aquí? Anda, déjalo por ahí mientras comemos, que las pistolas dan mal rollo.

- ¡No! ¡No, no, no, no, no! ¡No me quitaréis el arma, no lo haréis! -Adolfo se subió en lo alto del sofá y agarró con fuerza el zetme, mirando con los ojos entrecerrados a Anita. Ésta miró a Eustaquio, pidiendo algo de luz ante tan extraña reacción, y Eustaquio se encogió de hombros. Entonces, entendiendo claramente que había vuelto a meter la pata, Anita intentó tranquilizar al

soldado.

- Oye, Adolfo, no te preocupes. No te voy a quitar ese chismín. Yo sólo te lo decía por si te era más cómodo comer sin él, pero a mí me da igual, ¿sabes? Tú haz lo que quieras, o lo que puedas, o lo que debas, o... o lo que sea.

- Ah... ¡Gracias, pero puedo comer así con comodidad! ¡Voy a traer la ensaladilla!

Y se pusieron a comer. Mientras lo hacían, Eustaquio sacó el tema que los había llevado hasta allí:

- Adolfo: hay algo que me preocupa, y me han dicho que tú sabes sobre el tema, o que, por lo menos, has oído hablar.

- ¿Quién ha sido el informador? -dijo Adolfo, escondiéndose tras su arma.

- Adolfo: aquí no hay informadores, ni enemigos, ni consejos de guerra. Intenta seguir mi conversación sin tintes militares, porque entonces vamos a entendernos

mucho mejor. Verás: me ha dicho Herminio, el del bar, que tú le has contado algo sobre una cosilla que está pasando en el puerto. ¿Es eso verdad?

- Ah, eso. Sí, es verdad. O sea: ¡sí, es verdad, señor!

- ¿En serio te parecemos militares de rango superior, o algo así? -le preguntó Anita, mirándolo a los ojos- Yo te juro que nunca me he puesto un dis... un uniforme de militar.

- ¿Y qué tiene que ver eso con lo que ha preguntado Eustaquio, señorita? -preguntó Adolfo, intentando coger el hilo de la conversación.

- Nada -contestó Anita-. Te lo digo porque, si quieres, puedes hablarnos como si no fuésemos militares. Aunque ya te digo, amigo, que a mí me da lo mismo, y que seré igual de infeliz si me hablas así, en este tono, aunque... me asusta un poco... y me cuesta comprenderte... En fin, que hagas lo que tú quieras, ¿eh?

- ¡No la he comprendido bien, señorita, pero en estos momentos me es imposible expresar mis ideas de otra manera!

- Bien -se resignó Anita -, entonces sigue hablando así. Aunque se te van a desfigurar los rasgos de la cara con tanto abrir la boca.

- ¿En serio? -preguntó, inquieto, Adolfo.

- No, era broma, hombre. Anda, sigue con la conversación, que es muy interesante.

- ¡Aún no había comenzado, señorita Anita! -exclamó Adolfo.

- Esto... No, que digo que, cuando tú quieras, puedes comenzar.

- ¡Entendido! Ayer de mañana me acerqué sigilosamente al puerto y vi algo extraño que no había visto otras veces: un barco nuevo, y distinto a cualquier barco que haya pasado por el puerto hasta ahora.

- ¿Más grande? -preguntó Eustaquio.

- ¿Más glamouroso? -preguntó Anita.

- No entiendo el significado de esa última palabra -dijo Adolfo-, y no, no era más grande, al menos por fuera. No sabría decir en qué noté que era distinto, pero lo era. No vi a nadie dentro, pero escuché unas risotadas

y unos ladridos, por lo que llegué a la conclusión de que debía estar tripulado, al menos, por una persona feliz o sonriente y un perro igualmente alegre.

- ¿Y qué más...? -intentó preguntar Eustaquio.

- ¡Un momento, señor, aún no he acabado! Me pareció, eso sí, y tampoco sé por qué, un barco peligroso para la forma de vida que llevamos aquí. Debería ser destruido de inmediato.

- No seas cafre, amigo. Primero hay que asegurarse de que es realmente peligroso. Tú sigue vigilándolo, y, si en algún momento ves a alguien dentro, infórmate de quién es y lo que quiere. Nunca tenemos que temer lo nuevo porque sea nuevo, Adolfo.

- ¡Señor, sí, señor, lo intentaré, me parece una buena estrategia! -dijo el soldado, colocando una mano horizontalmente ante su frente.

- A todo esto, Adolfo -dijo Anita-, ¿cuántos años tienes?

- ¡Veintiséis años, dos meses, un día, trece horas, trece minutos y... trece segundos! ¿Por qué lo pregunta,

señorita?

- Vaya, cualquiera lo diría. Si te quitaras esa ropa, quizás parecerías más joven. Y si sonrieras, claro.

- ¡Imposible, señorita! ¡Hay demasiadas cosas serias en las que pensar!

- Ya, pero la gente que sonrío es más guapa.

- ¡Y, señorita, me veo obligado a decirle que los consejos han de empezar a darse por uno mismo, porque usted tampoco sonrío... lo bastante!

Anita calló. Eustaquio rió de buena gana ante la ocurrencia del soldado, y luego, para enfriar el ambiente, o calentarlo, según se mire, dijo:

- Amigos, las relaciones de pareja son complicadas, pero yo me atrevería a decir que aquí hay tomate. En fin, Adolfo, creo que aquel barco puede ser una buena noticia, si es verdad que dentro hay gente feliz, porque ni tú, ni Anita, ni la mayoría de los personajes que andáis por aquí sois lo que se suele decir una persona

feliz. No sé: esta tarde vamos a acercarnos al muelle.
¿Por dónde cae ese barco?

- ¡Muelle número tres, tercer barco a la izquierda, señor!

- Muy bien, Adolfo. Nos vemos. No dejes de informar, ¿eh? Tú, atento.

- ¡Pondré mis cinco sentidos en ello, señor!

- Hasta luego, Adolfo: encantada de haber conocido a... alguien como tú -dijo Anita.

- ¡Lo mismo digo, señorita Anita! ¡Encantado!
-contestó Adolfo.

Salieron a la calle, y la puerta se cerró tras ellos. Anita preguntó a Eustaquio, mientras caminaban por la parte de sombra de la acera:

- ¿Y de este tipo? ¿Qué piensas?

- Que necesita a alguien para olvidarse de su madre y de los generales, capitanes y demás holgazanes del

ejército. Es un pobre hombre, no sé si te has dado cuenta, al que le falta el más mínimo atisbo de valentía, entre otras muchas cosas. Nunca se atreverá, si sigue así, a hablar con el dueño de ese barco por sí mismo, aunque ahí dentro, en su casa, sea siempre el que más grita. Fuera de casa es como un niño pequeño. Es... digamos que siempre ha sido tratado como inútil, y se lo ha creído de tal modo que no tiene capacidades o fuerza para enfrentarse a nada ni a nadie, en el buen sentido de la palabra. Es decir: un don nadie en el papel de cualquier don nadie, o sea, en el de militar.

- Pero parece un buen hombre. Muy buen hombre.

- Y lo es. Sólo hay que rascar un poco bajo su superficie. ¿Dije un poco? En realidad hay que rascar un montón, pero bajo ese uniforme y esas armas se esconde un ser pacífico e incapaz de matar una... bueno, pacífico en general.

- ¿Y por qué ir de militar?

- ¿Qué es un militar, al fin y al cabo? La gran mayoría de ellos, gente con miedo y cobarde, pobre gente que funciona a base de órdenes, con nula iniciativa. Y no

digo que para una guerra no haga falta gente así: imagina un ejército donde la gente pensara más de la cuenta. Sería un caos. Otra cosa muy distinta es que yo esté de acuerdo en que haya ejércitos o guerras. Pero es otro tema, y debe ser discutido en otra ocasión. Adolfo, como te digo, es el estereotipo de soldado, algo exagerado. Un hombre que es capaz de matar a cien hombres por miedo y por presión, escondido tras su arma y su uniforme. Y que es incapaz de pensar que aquel al que está matando es una persona con los mismos derechos y deberes que él.

- Oye, no todos los soldados son así.

- Exacto. Por eso te he dicho al principio que la gran mayoría responde a este perfil; pero habrá de todo, como en botica. Ser violento no es ser malo, sino una desgracia para el violento y para los que tiene alrededor.

- Interesante teoría. No sé si a los soldados les gustará mucho, pero interesante.

- Seguro que no les gusta. Porque se acerca a la realidad, y la realidad duele. El camino de la cobardía, que está muy cerca del de la violencia, no lleva a la

felicidad. ¿Acaso crees que es más feliz un hombre que mata por la paz? Te aseguro que no. Es mucho más feliz el que muere por la paz y con la paz como bandera.

- Cuando te conocí ayer me parecías un bocazas -dijo Anita, mirando al perro con cariño-. Reconozco que a cada hora que pasa me pareces más interesante. No sé, es algo extraño, porque normalmente me suele pasar al revés.

- Lo dicho, chica: te estás enamorando de mí -dijo Eustaquio, inflando el pecho-. Nunca he probado eso de liarme con una tía humana.

- Vete a tomar viento fresco, so...

- Era broma, chica. Aunque, si el río suena, suele llevar algo de agua...

- Vamos a acercarnos al puerto. Cambiemos de tema.

Entonces pasaron al lado de una escena que les hizo detenerse de inmediato y prestar atención. Una escena extraña que sucedía en plena calle. El cuco del árbol del parque abandonado cantó seis veces.

VIII. LIMO

Iban atravesando el viejo parque abandonado, en el que los árboles se habían convertido en extraños monstruos con brazos deformes y entrelazados formando fantasmagóricas figuras que apenas dejaban entrar la luz, y los matojos trepaban sobre los troncos de aquellos o caían en el aire y flotaban entre las copas y el suelo oscureciendo el terreno como si la noche pasara allí el tiempo en que el sol cruzaba el cielo. Excéntricos bailarines cuando el viento los movía, y quietos espectros cuando éste desaparecía, a muchos les daba miedo penetrar en sus tormentosos caminos.

Y he aquí que, justo en medio de aquel extraño jardín de intrincadas formas, había dos personajes bien distintos. Uno era un joven de estatura media, pelo revuelto, gafas pequeñas, barba de quince días, ropa negra y botines de piel que, sentado sobre una piedra, con una mesa plegable ante sí, sostenía en su mano derecha un bolígrafo y escribía de vez en cuando sobre un folio que reposaba en lo alto de la mesa junto a otros muchos que ya habían sido escritos, y otros tantos aún en blanco. El joven era tan excéntrico en sus formas como el lugar en el que se encontraba.

Frente a él había, escuchándolo con muchísima atención, una preciosa niña de ojos negros y pelo moreno que sonreía mirando los ojos del poco tranquilo muchacho. Y ésta era, más o menos, la conversación que en aquellos momentos sostenía el joven:

- ...Mira: no sé si esto está bien o no. Porque el caso es que se me ocurren muchas historias, casi todas geniales, pero ése es el problema. No que sean geniales,

claro, sino que mis personajes hacen cosas extraordinarias, siempre extraordinarias, y a veces me dan envidia.

- ¡Vaya, vaya, vaya! -exclamó la niña, abriendo mucho los ojos- Así que estás enfadado con tus personajes.

- Sí. O sea, no sé. Porque otras veces los admiro mucho. Por ejemplo, hay una muchacha, M.C., que es vampiresa y compañera del protagonista de una historia que escribí no hace mucho aquí mismo; y a esa muchacha, que en otras novelas toma otros nombres y otras formas, pero es siempre la misma, la admiro, me gusta, aunque es sólo un personaje de novela. Y la admiro porque es sencilla, porque se relaciona abiertamente con todos y, aunque tiene vampirismo, es buena, y escucha, y comprende, y es muy divertida, y tiene mucho genio cuando se enfada, y hace cosas que mucha gente no se atrevería a hacer en su vida.

- ¿Como qué? -preguntó la niña, doblando la cabeza hacia la izquierda.

- Como... como salvar a la gente, llorar con los que

lloran y reír con los que ríen, intentar encontrar sentido a lo que hace aunque le cueste, enamorarse y hacer amigos y ser fiel, correr y saltar y volar y luchar por los demás...

- ¿Y es feliz esa muchacha?

- Intenta encontrar la felicidad. Lo mismo que su amigo, el protagonista. Es un buen muchacho que intenta encontrar la felicidad siendo vampiro.

- Difícil cosa, ¿no? -dijo ella, pensativa.

- Sí, muy difícil. Sobre todo porque son muy distintos a los demás, en especial en su forma de ver la vida... y en la soledad que llevan consigo, y que no puede ser comprendida por nadie. En fin, le pasa lo mismo que al príncipe, otro personaje de otro cuento: no es feliz aunque vive en un castillo, y parte en busca de la felicidad, que no sabe dónde está, pero que no está donde él cree porque nada en lo que había esperado hasta entonces es real. No sé: es un personaje incomprendido por el mundo de apariencias que le rodea.

- En términos modernos, esas personas se llaman “outsiders”, ¿sabes? -dijo la niña.

- ¿Y cómo sabes tú eso? -preguntó, impresionado, el escritor.

- ¡Oh! Yo sé mucho de gente así. Me son tan familiares... como yo misma. Pero sigue, sigue con lo que estabas contándome.

- Oye, si te aburre que hablemos de mis personajes...

- Me interesa todo lo que tengas que contarme -dijo la niña, con una sonrisa dulce en la boca.

- Pues eso. Que todos ellos son gente genial incomprendida, y que me gustaría tanto... no sé, conocer gente como ellos... Gente con valentía, que arriesga la vida por un amor más grande que ellos mismos, por un ideal o por una persona o por ambas cosas, y que, en alas de la pasión, es capaz de hacer lo que sea, de saltar más alto y correr más rápido y decir verdades donde nadie se atreve, de poner en duda los cimientos de las seguridades que todos creen seguras. Siempre he creído que existen personas así. Incluso a veces he oído hablar

de ellas, en lugares lejanos. Pero nunca me he encontrado con ninguna.

- Es una pena -dijo la niña, y calló durante un tiempo. Luego miró al joven-. Quizás miras demasiado lejos. ¿No es posible que haya personas así, como esos personajes de los que hablas en tus cuentos, aquí mismo?

- No lo sé. Si las hay, deben estar muy escondidas, o yo no acierto a verlas. Aunque te diré un secreto: a veces, cuando no puedo dormir, me imagino a mí mismo haciendo lo que hacen ellos y ellas. Son los que llevan a cabo lo que yo, no sé por qué, nunca he hecho.

Entonces fue cuando Eustaquio, saliendo de entre las sombras de los árboles desde donde él y Anita habían escuchado la conversación, dijo:

- Buenas tardes, amigos. ¡Vaya! Nos volvemos a encontrar, ¿eh? -esto último lo dijo mirando a la niña, que miró a los dos nuevos personajes y sonrió.

- ¡Vaya, vaya, vaya! -dijo- Mi genial Eustaquio,

apareciendo, como siempre, oportunamente. Buenas tardes, Anita. ¿Cómo te va desde ayer?

Anita quedó muy extrañada ante el saludo de la niña, pues no recordaba haberla visto antes, y mucho menos desde el día anterior. Pero, pensando que el malentendido se aclararía pronto, sonrió, mirando con el rabillo del ojo al perro, que enseguida comprendió que no había reconocido a la niña.

- Perdona, Tú, pero mi amiga es aún muy torpe y no es capaz de verte en el día a día. Son cosas de su mundo, del meollo. Anita, Tú es Él.

Anita no salía de su asombro. E intentó ordenar las ideas en su cabeza:

- O sea, que esta niña de ojos negros es el niño que vimos ayer, que es el anciano con el que yo me encontraba en el meollo muy de vez en cuando. Pero, no

sé, eso es imposible. Es imposible que una persona cambie así, tan de repente.

- Ya te he dicho que Tú no cambia. Es, simplemente, quien debe ser, el que es necesario en cada momento. Pero eso lo irás entendiendo poco a poco, aunque no es algo que se deba entender, sino que se debe sentir. Pero déjalo correr: acepta, y no intentes comprender. Es una ley muy buena... para ciertas cosas y momentos.

- Vale. Hola, Tú.

- Eustaquio es muy buen compañero, ¿sabes? -le dijo Tú, la niña.

- Hola, Limo. ¿Cómo van esos escritos? -preguntó el perro.

- Psé. Buscando.

- Genial. Eso es muy bueno, digo yo. Supongo que el día que dejes de buscar se te acabará la capacidad de escribir.

- Seguramente. Aunque estoy comenzando a ver otra perspectiva dentro de las mismas obras que escribo. De eso estaba hablando ahora mismo con Tú.

- Así que eres escritor -dijo, entrecerrando los ojos como muestra de atención, Anita-. Me parece interesante eso de que alguien escriba, se invente personajes y los haga hacer lo que él quiere, los ponga aquí o allá, los sacrifique y los haga resurgir...

- Eso no es ser escritor, chica -contestó Limo-. Un momento, se me ha ocurrido una idea -y bajó la cabeza sobre los folios, comenzando a escribir frenéticamente.

- ¿Y ahora? -dijo Anita, encogiéndose de hombros.

- Ahora está escribiendo -dijo Tú-. Voy a dar una vuelta por el puerto.

- Hasta ahora mismo, Tú -saludó Eustaquio, levantando una pata.

- Hasta ahora, Es -dijo, guiñando un ojo, Tú, mientras se volvía, atusándose la brillante melena morena-. Y hasta ahora, Anita.

- Hasta ahora, Tú.

Aún no se había separado mucho del trío cuando, desde el lugar por donde se marchaba, llegó, primero, un

rebuzno largo y ronco, y después, acompañándolo como causa, un burro que corría a todo lo que daban sus patas hacia Eustaquio, Anita y Limo. Llegó a la altura de ellos, y frenó en seco. Acto seguido, como si con ello estuviese diciendo algo importante para la concurrencia, empezó a rebuznar larga y profundamente, un exagerado rebuzno que hizo a la mujer y al perro abrir los ojos tan exageradamente como lo fue el rebuzno. Tras aquella muestra de poderío vocal por parte del asno, habló el escritor, Limo, tan tranquilamente como si nada hubiera ocurrido:

- Buenas tardes, querido amigo. Por lo que veo, el día ha sido duro.

Un movimiento de cabeza afirmativo fue la respuesta. Eustaquio miró a Limo, luego al burro, luego a Limo otra vez, y levantó la voz:

- Así que, por lo que veo, el burro es tu amigo. ¿Cómo

se llama, si puede saberse?

- Se llama Sigfrido. Lo conozco desde hace un par de años, y es, en realidad, el único amigo que tengo – contestó Limo.

- Así que tu único amigo es un burro –dijo Eustaquio.

- Así es. Muchas veces he pensado en lo irracional de esta realidad, pero es así. Os aseguro que últimamente me siento más escuchado por Sigfrido que por cualquier otra persona. No sé: le interesan mis personajes, escucha cada historia que se me ocurre.

- Una preguntilla, si no es indiscreción –dijo Anita:- ¿la forma que ha tenido de llegar así, tan de repente, ha sido para escuchar una de tus historias, o es que está preocupado por algo?

- Oh, es muy expresivo, y siempre llega armando escándalo, como diciendo: ¡aquí vengooooo! Pero es muy buen animal. Parece... un perro de éstos que andan por las calles y se ponen cariñosos con aquel que les hace caso. Sí: yo diría que se parece mucho a un perro.

- O sea, que tenemos ante nuestras narices a un burro

que cree ser un perro. Y que se porta como tal –dijo Eustaquio, silbando. Sigfrido movió la cola, saltó y sacó la lengua.

- ¿Sabéis? –dijo entonces Limo- No creo que Sigfrido crea en realidad que es un perro. Parece como si, portándose así, me quisiera decir algo. Pero aún no sé lo que es.

- Puede ser. Eso podemos descubrirlo poco a poco. Anita se ha venido a vivir con nosotros. Vamos hacia el puerto –dijo Eustaquio.

- Por cierto: en cuanto a lo que me dijiste antes, Anita, no es escritor el que se inventa personajes y los pone a hacer lo que él quiere. Eso es como... no sé, como ser un Dios del Olimpo, que juega con las criaturas. Eso es escribir para vender. Lo que hacemos los escritores es distinto: desde dentro nos surgen unos personajes que, poco a poco, van adquiriendo una personalidad propia, y a los que hemos de acompañar y poner un medio donde vivir, una historia donde se desenvuelvan, un motivo por el que estén ahí y hagan lo que hacen... En fin, que los que escribimos hacemos simplemente de

acompañantes de los personajes. Lo que me recuerda de algún modo la conversación que acabo de tener con Tú...

Sigfrido soltó otro rebuzno, y movió la cabeza asintiendo. Anita y Eustaquio miraron a ambos. Eustaquio dijo a Limo:

- Bien, amigo de las letras, sabes que Tú nunca habla en balde. De todas formas, si quieres acompañarnos, nosotros nos vamos a acercar al puerto antes de que se nos haga de noche.

- Ahora mismo no puedo: tengo que terminar esta página en la que estoy metido. Pero en cuanto la acabe voy para allá... O vamos para allá, porque Sigfrido seguro que tiene ganas de venir también –el burro contestó a aquella invitación con un impresionante rebuzno.

- Está bien. Nosotros partimos. Nos vemos allí entonces, Limo. Y Sigfrido.

- Hasta luego, Limo. Perdona por la tontería que he dicho de los escritores. Nunca me había planteado que los personajes de las historias tuvieran vida propia... Que salieran de dentro de los que crean las obras. Me ha encantado compartir este momento contigo, Limo.

- Lo mismo digo, Anita. Vente cada vez que quieras por aquí.

Anita y Eustaquio partieron de allí y atravesaron el caprichoso parque salvaje y oscuro, encontrando aquí y allá otros personajes que, faltos de casa o familia, se preparaban para pernoctar entre las sombras y los ruidos silenciosos de los animales que poblaban aquel entramado de troncos, follaje, hierbas y matorrales, hojarasca, ramas caídas, raíces al viento, sin más abrigo que un par de hojas de periódico y un litro de vino del malo, tarareando alguna canción ya olvidada o sonriendo cínicamente ante la vida que, lejos de depararles un futuro, trenzaba para ellos una caída que ya se adivinaba cerca del fondo. Anita pensó que, de

algún modo, se sentía identificada con aquella gente, aunque ella no hubiera terminado durmiendo en el parque... físicamente hablando, claro. Lo que no podía adivinar siquiera era lo mucho que aún tenían que cambiar las cosas para todos los que se habían encontrado durante el último día, en tan extrañas circunstancias. El cuervo del parque graznó ocho veces.

IX. MANOLO

El puerto estaba hecho a la medida de las Afueras: viejo, sucio, apestando a pescado y a sudor, húmedo, lleno de gente que intentaba buscarse la vida entre las olas, de pescadores que vendían lo que habían capturado en la lonja, de prostitutas que se ganaban cuatro duros vendiendo su cuerpo a marineros de agua dulce que no se habían acostumbrado al mar y a la falta de un cuerpo femenino durante mucho tiempo y llegaban al muelle buscando la mujer de este puerto, sin preguntarse si acaso habían olvidado ya a aquella a la que un día prometieron amor inmortal; de edificios agrietados por la sal y el agua donde abundaban los gatos callejeros y

los perros flacos, de garitos donde alcanzar una copa o una borrachera antes de volver a embarcar, de carros y cajas vacías o medio vacías o medio llenas de desperdicios, vendedores ambulantes de tabaco y joyas supuestamente encontradas en islas paradisíacas, capitanes solitarios que miraban siempre hacia el horizonte sin más amistad que el movimiento del mar, duros de piel, curtidos, de pelo blanqueado antes de tiempo por el trabajo y el sufrimiento, que habían aprendido a esperar cuando había que esperar y a luchar con coraje cuando la lucha venía a formar parte de su historia.

Eustaquio y Anita se paseaban por el muelle principal admirando todo aquello y buscando lo que venían a buscar. Anita, que no había visto nunca un puerto como aquel, no cesaba de preguntar cosas a Eustaquio.

- Entonces, si no he entendido mal, los barcos llegan, los marineros, si son pescadores, sueltan la carga y, si no, de todas formas, descansan, y después continúan el

viaje.

- Bueno, podríamos decir que eso depende, sobre todo, del capitán. Conozco a alguno que, viendo que los marineros estaban demasiado nerviosos y deseosos de sexo duro, aplazó el desembarco hasta que los humos fueron bajando. Y a otro que, por el contrario, desembarcó porque el deseo era él mismo. Y, claro, los hay que aprovechan los bancos de peces hasta que el agotamiento los hace volver, o los que se meten mar adentro con mal tiempo, y los que no tienen tiempo para salir antes de que llegue la tormenta, y los que se aventuran, y otros que nunca se atreverían a ir por aguas desconocidas... Hay, en fin, de todo.

- Sí, me imagino. Como en botica. ¿Y cómo es la gente de la mar?

- ¡Vaya! Gente normal, endurecida por la vida dura. No creo que se pueda describir de otra manera. Te daré algún rasgo concreto, si es lo que quieres, pero no lo voy a aplicar a todos los marinos, porque cada uno es luego de una manera. A grandes rasgos, podemos describirlas como personas pacientes, con mucho

nervio, serias y reflexivas. Y con mucho sentido del humor.

- Interesante.

- Y no te vayas a creer que no tienen problemas, como todos los que hemos encontrado hasta ahora. Imagina que se tiran la tira de tiempo sin ver a su familia, sin compartir tiempo con los que quieren, fuera del barco, claro, fuera de su tierra y de cualquier tierra. Y eso hay algunos que no lo soportan, y que al poco tiempo se agarran a la botella o al sexo por el sexo o al juego o a otras tantas cosas, y acaban destrozados, tanto ellos como sus familias. Hay que tener mucho aguante para soportar al mar. Y buena compañía: es importante tener una tripulación que sepa trabajar, que esté unida y que nunca ceda, ante nada. Y un capitán valiente que sepa lo que hacer en cada momento.

- Que nunca se eche atrás, ¿no? Como los de las películas de piratas.

- No, yo no he dicho eso. He dicho “que sepa lo que hacer en cada momento”. Porque no es buen marinero el que muere por gilipollas, sino el que sabe cuándo hay

que enfrentarse a la tormenta y cuándo hay que esperar a mejores tiempos. Valiente, pero listo, y que conozca los límites del barco, de la tripulación y de sí mismo. Para no quedarse corto, ni hacer el fanfarrón.

- Jo, Eustaquio: parece que hayas estado toda tu vida en un barco -dijo Anita, admirando las palabras del perro.

- Esto... -Eustaquio sonrió y desvió la mirada hacia el agua-; no, ni mucho menos. He pasado mucho tiempo en barcos y he hablado con muchos marineros, pero no ha pasado toda mi vida en un barco. ¡Qué va!

- ¿Cómo será ese barco del que nos habló Adolfo? Seguro que debe ser una especie de barco fantasma, de barco pirata con personajes oscuros dentro... Aunque dijo que se escuchaban risas y ladridos. ¿Quién sabe si dentro hay una perrita de la que te enamorarás?

- Sí, claro, y un economista de ojos negros y metro ochenta del que te enamores tú. Generalmente en los barcos no suele haber perros, y mucho menos perritos falderos y limpitos. Si hay alguno, será un chucho.

- Como tú.

- Me voy a callar, porque no tengo ganas de discutir ahora y porque, por otra parte, es verdad: soy un chucho. En fin: tercer muelle. Es el nuestro.

En el tercer muelle había un bar pequeño y modesto. Pararon un momento a tomar algo, por lo menos un vaso de agua, aunque, debido a que Eustaquio conocía al dueño, pensó Anita, seguro que se llevaban algo de comida, lo que la llevó al pensamiento de que nunca nadie le había regalado algo como una comida por nada, o, simplemente, por escuchar, cosa que, por otra parte, había aprendido en aquel sitio y en el último día, gracias a la ayuda de Eustaquio.

Justo antes de traspasar la entrada del bar sus ojos cayeron en un cartel grande, muy grande, que había junto a la ventana. En él había escrito lo siguiente, en letra artística, curvada, sobre pergamino, letra de manuscrito antiguo:

“Si quieres abordar todos los corazones y liberarlos del yugo de sí mismos, desenterrar todos los tesoros y ponerlos a disposición del mundo entero, abrir las puertas de todas las ciudades y destrozar todos los ejércitos con la esperanza y la paz y la pobreza, hincar la bandera del Go’el en todos los reinos, pregunta por Manolo”.

Eustaquio entró directamente en el bar. Anita entró detrás y le preguntó:

- ¿Has visto ese letrero de la entrada?

- ¿Cuál? –dijo el perro.

- Pues el grande, el de la entrada.

- No. ¿De qué iba?

- Es muy raro. Creo que es un anuncio buscando gente para... hacer cosas... que nunca había escuchado

antes. Termina diciendo: “pregunta por Manolo”.

- ¿Manolo?

- ¡Marchando! ¿Quién me llama? –se oyó una voz en una mesa contigua, mientras un personaje curioso se levantaba. Este personaje estaba hablando con otros tres, dos mujeres y un hombre, que reían con ganas y bebían en una jarra, por turno, un vino oscuro y espeso. Una de las mujeres era cuarentona, y llevaba puesto un jersey a rayas azules y blancas, un pantalón de pitillo hasta encima de la pantorrilla y unas chanclas. La otra era una chica más o menos de la misma edad que Anita, aunque más joven de cara por lo sonriente, e iba vestida con un vaquero, una camiseta de manga corta, un chaleco viejo y estropeado, y descalza, con los pies más negros que el hollín. El hombre, delgado y sucio, barbudo, medio cano y con un parche en el ojo derecho, de pelo largo recogido en una coleta, bromeaba con la chica joven contándole algún chiste escandaloso.

- Vuelvo ahora mismo, Barti –dijo el hombre que se había levantado. Era joven, y no se distinguía por ser alto ni bajo, moreno o rubio, negro o blanco o amarillo,

gordo o flaco, guapo o feo, sino por sus ojos, a los que no se podía mirar durante mucho tiempo sin sentirse interpelado por la profundidad y la viveza que desprendían. Se acercó a Anita y Eustaquio.

- ¡Dios mío, Eustaquio! ¡Creí que no volverías! Ya empezaba a pensar: ¿qué demonios hago yo sin Eustaquio?

- ¿Cómo? –dijo Anita, sin entender.

- Era broma, Anita. Bueno, no era broma del todo, pero sí básicamente.

Anita seguía sin comprender absolutamente nada: parecía que Eustaquio también conocía a aquel tipo que, por cierto, manejaba un garfio afilado en su mano izquierda, y que la había llamado por su nombre.

- Perdona, pero no entiendo –dijo.

- Anita, te presento a Manolo, capitán del Go'El, pirata del mundo –dijo Eustaquio.

- ¿Y tú de qué lo conoces? –dijo Anita

- Oh, Eustaquio y yo somos viejos amigos. Viejos amigos, y amigos siempre nuevos, ¿verdad, Hijo?

- Verdad, Eustaquio. Digamos que los dos tenemos una misión en común.

- Creo que estoy empezando a marearme -dijo Anita, mientras se agarraba a una silla-. ¿Y todo esto... desde ayer... estaba preparado? No sé si me explico: ¿hemos venido hasta aquí, o me has traído aposta desde el principio?

- Creo, Anita, que tengo una historia que contarte, naturalmente si te sientas a la mesa con nosotros -dijo Manolo, guiñándole un ojo. Y volvió a la mesa de la que se había separado momentos antes. Anita, viendo que no había más remedio, si quería enterarse de algo de lo que se estaba cociendo allí, que acercarse a la mesa, lo hizo. Barti se levantó y trajo una silla cercana, que puso junto a él para que se sentara Anita. Anita se sentó, no sin reparos por la mala fachada del de la coleta. Eustaquio también tomó asiento.

- Primero, preciosa amiga -dijo Manolo, colocando un codo sobre la mesa y paseando los dedos por su barba mientras movía el garfio-, creo que es de buena educación que nos presentemos todos, para que nos vayamos conociendo mientras llega más gente -y, al decir esto, hizo un gesto a Eustaquio, que se lo devolvió-. El que tienes a tu lado es Barti y, aunque parezca un sucio y asqueroso sin techo, hasta hace poco fue un hombre de negocios... sucios, pero negocios. Sin embargo, los problemas con las autoridades y, consiguientemente, la botella y la ceguedad, ya que siempre estaba tan ciego como un piojo o tal vez más, acabaron por convertirlo en lo que ves: un sucio y asqueroso sin techo. Ha decidido formar parte de la tripulación.

- Eh, amigo -dijo Barti-. Fuiste tú quien me llamaste, así que no me echas ahora la culpa.

- Eh, amigo -le respondió Manolo-, fuiste tú quien decidiste venir libremente, así que no me echas ahora más culpa de la precisa. Digamos que... ha sido un diálogo fraterno, ¿eh?

- Bien, sí, es la mejor definición -respondió, pensativo, Barti.

- Sigamos con las presentaciones. En segundo lugar, y proveniente del mismo centro de “la Palmerilla”, tenemos a una mujer a la que apodan “la endemoniada”, no por que tenga dentro una familia de demonios, sino porque cada vez que se chuta se pone a cien y hay que guardarse mucho de encontrarse a tiro. Una mujer que lleva metiéndose de todo por lo menos diez años y que, ahí donde la veis, tiene pocos más de treinta. Se llama Mari la de las Magdalenas porque, hasta que la echaron, trabajaba en una pastelería. Como veis, no ha perdido por ello el buen tipito. También ha decidido embarcarse en el Go’el. Y antes de que llegaras, Anita, estábamos hablando precisamente del momento en que nos encontramos, hace... poco, allí en el solar de la calle del Adiós.

- Fue muy bonito -dijo Mari, la de las Magdalenas-. Cada vez que me entran ganas de meterme, me acuerdo de aquello. Aunque, la verdad, Manolo, es que no fue algo de repente, sino la consecuencia de... de que yo

estaba ya hasta los huevos... O sea, harta de vida, en el fondo de la mierda.

- Pero el fondo nunca tiene la última palabra, Mari. Ya lo sabes. En fin, Anita, estos son los nuevos tripulantes.

- ¿Y ella? -dijo Anita, señalando a la chica descalza.

- Ella es Tú. Parece mentira que aún no la conozcas -respondió Manolo, con extrañeza.

- Hola, Anita. Encantada de volver a saludarte. Muchos encuentros en poco tiempo, ¿eh?

- Oh... cada vez me sorprendes más, Tú.

- En fin. Yo soy sorpresa para el que se deja sorprender -contestó la chica.

- Y yo -dijo Eustaquio-, Anita, soy ese perro que ladra en el Go'el. Seguro que te preguntarás por qué demonios he estado jugando contigo de esta manera durante el último día...

- Ya que lo dices, sí, me lo llevo preguntando desde que he conocido a Manolo -dijo Anita, intentando sonreír.

- Sin embargo, si lo piensas bien, verás que no te he engañado en ningún momento, y que sólo te he ido contando aquello que necesitabas saber para ir avanzando por ti misma en el camino que, me permito recordártelo, tú misma comenzaste hace pocos días. Porque yo soy simplemente el que ha animado tu camino, no el que te haya obligado a hacer algo que no querías. Lo demás, queridísima amiga, es y debe ser decisión tuya.

- Pero me has ocultado el fin de nuestras andanzas hasta ahora -dijo Anita.

- Porque necesitabas conocer a la gente que has conocido, y compartir las experiencias que has compartido. Porque necesitabas andar el camino que hemos andado, que también yo he andado a tu lado, y que nos ha llevado, poco a poco, hasta aquí. Pero no dirás que no has sido protagonista de tu viaje.

- No, la verdad es que no. O sea, sí, el viaje ha sido hecho por mí... y por ti.

- Tú quisiste que fuera tu guía.

- No me quejo, Eustaquio. Sólo... necesito rumiar toda esta cantidad de experiencias... y la forma...

- ¿Sabes? -dijo Mari, la de las Magdalenas- Si lo piensas otra vez, cada uno de nosotros ha llegado hasta aquí por su propio pie y, a la vez, traído por algo. Y por alguien. Sorprendente, ¿eh?

- Mucho -dijo Anita.

- Tomemos un trago de buen vino, niña -dijo Eustaquio. Manolo llenó las copas, y brindaron:

- ¡Por el Go'El y su tripulación! -dijo Barti.

Siguieron hablando de esto y de lo otro, pues en una conversación, por muy importante que sea, ha de haber tiempo para lo trascendental y tiempo para lo pequeño que, al fin y al cabo, es la base de lo grande. Al tiempo, aún con el vaso casi lleno en la mano, Manolo miró a Tú y dijo:

- Chicas y chicos: si me perdonáis, tengo algo importante que hacer -y se levantó de la mesa.

- Oye -dijo Eustaquio-: ¿y si empieza a llegar gente?

- Tú sabes muy bien lo que hacer -y, levantando el pulgar, salió del bar. Entonces Tú se levantó, se despidió y también desapareció. Anita disfrutaba con la conversación; encendieron la bombilla, después de que se hubiera ocultado el sol, y siguieron hablando. Poco a poco, Anita se fue quedando callada. Eustaquio, dándose cuenta, le dijo:

- ¿Qué te pasa ahora, cucuruchita silvestre?

- Muy gracioso -contestó ella-. Creo que necesito pensar sola un momento. Si me disculpáis...

- Por supuesto, Anita -dijo Barti-. Nosotros nos quedamos aquí, por si llega la gente.

- Llegaré -dijo Anita, recordando los encuentros del día. Y se levantó de la mesa, vaso en mano.

Salió al muelle, y paseó durante un rato hasta que llegó a una cala donde la luna llena, grande y hermosa, se reflejaba sobre el agua, que sin olas parecía un espejo ondulado, agitado sólo por una suave brisa.

Y he aquí que, de repente, le vinieron unas ganas irresistibles de lanzarse al agua, de hundirse en aquel espejo oscuro. Sin pensarlo dos veces, se quitó el vestido y los zapatos, y se zambulló en el mar riendo, y nadó durante un buen rato, feliz sin poder explicar la causa, dejando que el líquido la abrazara y la fuera, poco a poco, meciendo. Miró la luna, miró la luna en el agua, y creyó estar sola en el mundo, sólo ella y aquel astro que la miraba cálidamente, y gritó de placer. Luego, poco a poco, fue saliendo del agua, recogió el vestido y se tumbó en la arena. Y fue entonces cuando escuchó las risas y las voces, tras ella.

Había alguien más en la playa. De repente Anita se cubrió de vergüenza y le vinieron a la cabeza, como caballos desbocados, una multitud de pensamientos confusos que apuntaban en la misma dirección: ¿alguien había observado aquel espectáculo bochornoso! Intentó quitarle importancia, pero no pudo: ¿qué pensaría de ella el observador? ¿Sería peligroso? Por supuesto, ni

intentó dirigir sus ojos al lugar de donde venía el sonido. No sabía lo que hacer, porque no pensaba moverse, eso sí, hasta que se hubiera quedado sola.

En aquel momento entendió algunas palabras, y reconoció la voz:

- Tú sabes que estoy contento, que esto es lo que tú quieres que haga y lo que yo quiero hacer. Aunque no va a ser nada fácil, porque el camino escogido no es fácil. Sin embargo, es el único que tiene futuro, y el futuro eres tú, el futuro soy nosotros.

Era la voz de Manolo, que conversaba tranquila y alegremente con alguien más. Esto tranquilizó un poco a Anita, aunque verse sorprendida haciendo aquello por el que iba a ser su capitán no decía mucho a su favor, claro. Y decidió que, al fin y al cabo, podía acercarse a los que conversaban, porque no tenía ya nada que perder. Se levantó, se sacudió las bragas y el trasero y, vestido y

zapatillas en mano, se dirigió al lugar del que provenía la voz.

Allí estaban Manolo y Tú. Ambos volvieron la cabeza cuando la oyeron acercarse, y sonrieron. Manolo le dijo:

- Hola, chica. Veo que has disfrutado un montón. Siéntate aquí, con nosotros.

- Perdona, voy a ponerme el vestido –dijo ella.

- Como quieras, pero no hace falta. Aunque lo escondamos, todos, llegados a cierta edad, sabemos lo que hay ahí dentro. En fin, aquí estamos, hablando de esto y lo de más allá.

Anita se quedó en ropa interior y se sentó en la arena, junto a ellos. Y sonrió, aunque, en otras circunstancias y otro tiempo, jamás hubiera hecho algo parecido, ni le habría parecido gracioso. Manolo la miró a los ojos.

- Así que aquí está la única mujer del meollo que ha escuchado mi voz.

- ¿Qué quieres decir? –preguntó Anita.

- Que nadie más ha venido. Y que conste que yo he llamado a todos.

- No te entiendo. Yo no he venido porque me haya llamado nadie. Mi historia es el fruto del desencanto.

- Y yo no llamo a todos de la misma manera. A ti te llamé desde tu desencanto, y tú decidiste buscar lo nuevo. Pero, antes de que salieras de tu cárcel de hormigón, te llamé.

- ¿Cómo me llamaste? –Anita entendía cada vez menos.

- Desde tu vida. Desde lo que sentías, desde lo que te preocupaba, desde lo que no te llenaba, desde lo que ansiabas. Te conozco hace tanto tiempo, Anita...

De repente, un fuego le iluminó el corazón, un algo

indescriptible la llenó por dentro mientras Manolo la seguía mirando.

- Pero yo no te había visto antes de hoy, Manolo. Es imposible que me conozcas desde hace mucho tiempo.

- Oh, nada de eso. Siempre he querido tenerte en mi barco. Cuando aporreabas aquel ordenador y las lágrimas rodaban por tus mejillas, cuando te preguntabas cuándo tu novio encontraría en ti algo más que un cuerpo que apretar, cuando seguías pensando que el golf es un juego estúpido a pesar de continuar jugando... de alguna manera, yo estaba contigo. No pienses ahora en si me escondía tras las esquinas o no, Anita: simplemente, estaba contigo, y, al final, me escuchaste. No pienses ahora en las ciencias exactas, sino en la poesía y en el corazón. Si no, no podrás entender lo que intento explicarte.

- Me cuesta mucho hacer eso. Pero lo intentaré. Y no entiendo cómo puedes estar a mi lado sin enterarme yo.

- Claro. No intentes entenderlo. Sólo intenta sentirlo.

Después lo entenderás, y no te costará.

- Sentirlo -Anita se quedó pensativa durante unos minutos. Luego, levantando los ojos hacia Manolo, volvió a hablar-. Por favor, cuéntame algo de ti. Si quieres, claro.

- Claro que sí, preciosa. ¿Qué quieres que te cuente?

- Cuéntame cómo has llegado aquí. Cómo es que eres capitán, y pirata. Qué quieres de mí.

- He llegado aquí desde muy lejos y desde muy cerca, porque, aunque no lo parezca, lo más lejano es lo que tenemos delante de las narices, o dentro de ellas. Y he llegado buscando gente que quiera venir en mi barco, gente que quiera enrolarse conmigo y que cumpla dos condiciones: estar dispuesta a cualquier cosa, sea lo que sea, y no volverse nunca atrás. He llegado después de atravesar tormentas humanas, ciclones imperiales, calmas chichas paradigmáticas, siempre adelante, por encima de cualquier dificultad -al decir esto, miró al horizonte, más allá de las estrellas más lejanas-, y he llegado donde hay gente con estas dos condiciones, porque hay gente con estas dos condiciones. Soy capitán

porque sólo yo puedo gobernar este barco en el mar embravecido, porque nadie saldría con vida de él si yo no pudiera evitar que se fuese a pique; soy el marino que ha corrido más aventuras y conoce cada ola y cada movimiento, cada nube y cada pez, cada brisa y cada vendaval. Soy el único pirata en el que alguien sin nada que perder puede confiar absolutamente. Y no te lo digo para que digas: “oh, vaya, qué tiarrón”, pues no tengo por qué adularme, ya que no he obligado a venir a nadie. Te lo digo, simplemente, porque me lo has preguntado con un corazón limpio y te puedo contestar con palabras limpias. En cuanto a lo de ser pirata, lo soy porque en este mundo sólo se puede vivir libre y en fraternidad siendo pirata. O estás en el meollo de todo, y te prestas a lo que todo el mundo se presta, o eliges lo que para todos es muerte, y podrás vivir.

>Y, claro, de ti quiero algo difícil, pero muy bonito: te quiero a ti. Quiero todo lo que tú eres, todo lo que piensas, sientes y tienes, todo lo que ansías y esperas, todo lo que sufres y lloras y te alegra y ríes. Te quiero

para mi barco, para mi misión, para que compartas tu vida conmigo, chica. Conmigo, y con todos los compañeros de tripulación que iremos a la conquista de los corazones del mundo.

Anita calló. Dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas mientras miraba a Manolo. Manolo sonreía, sonreía sin dejar de mirarla. Tú, que estaba sentada junto a Anita, le acarició el pelo con un movimiento suave. Pasó un buen rato, y Anita, después de secarse las lágrimas, dijo:

- No sé, Manolo. Han sido demasiadas cosas nuevas en demasiado poco tiempo. Necesito pensar. Necesito pensar. Ver qué es lo que quiero.

- Las buenas aventuras siempre empiezan así: demasiadas cosas nuevas en demasiado poco tiempo. Y, aunque lo pienses durante años, la sensación de vértigo siempre está antes de la decisión. Siempre creerás que

necesitas pensarlo más. Al final tienes que decidirte. Pero tienes que decidirte tú. Así que, por nuestra parte, te vamos a dejar sola, donde has venido por tu propio pie, hasta que quieras. Nos vamos.

- Dame un beso, Manolo -dijo Anita.

- Claro que sí, corazón -dijo Manolo, y la besó. Luego se fue, hablando con Tú, hacia el muelle. Anita se quedó sola con el beso y las palabras del pirata retumbándole en las sienes, y dejó que las palabras la inundaran hasta la fibra más íntima, hasta lo más profundo.

La luna seguía alta en el cielo, las olas seguían bañando la orilla, únicos testigos de su lucha interna. Un grillo, que canturreaba más allá, rechinó sus patas cuatro veces y se fue, saltando, a las rocas del acantilado.

X. GO'EL

Y llegó la mañana. No fue una mañana soleada. El tiempo había cambiado de repente, y se levantó un viento frío que trajo una lluvia fina, delicada, suave. Había en la orilla más olas que durante la noche; Anita se levantó cuando sintió el viento en la cara y la lluvia en el rostro. Había estado toda la noche sola, sin saber exactamente si había pensado todo lo que tenía que pensar o no, pero con algo nuevo que henchía su pecho. Aún no había salido el sol, y tardaría en salir, pues las nubes, negras, ocupaban el cielo y habían escondido la luna. Anita dejó que la lluvia la empapara: se quitó la ropa interior y, desnuda, abrió los brazos y miró hacia

arriba. Y lloró. No sabía decir si lloró de alegría, de emoción o de nerviosismo, pero dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas y se unieran a las gotas de lluvia, y ambas regaran la arena. Cuando sólo quedó la lluvia entre sus ojos y el suelo, se decidió a colocarse la ropa. Entonces oyó una voz:

- Buenos días, Anita. ¿Qué tal has pasado la noche?

Era el bueno de Eustaquio, que, empapado como ella, se había acercado desde atrás.

- Buenos días, Eustaquio. ¿Cómo te va?

- Bueno, tampoco hace tanto que nos hemos separado. Digamos que, más o menos, igual que antes. En el bar hay sorpresas, ¿sabes? Si quieres, podemos ir allí. Además, aunque no te importe mucho, vamos a coger una pulmonía, y las pulmonías son malas mientras va uno de travesía.

- Ya estoy mucho mejor, amigo. No he entendido

todavía casi nada de lo que pasa aquí, pero, igual que el niño que persigue un sueño creyendo que se va a hacer realidad, algo me dice que tú, Manolo, Ella... y todos los que habéis hablado conmigo estos días me estáis señalando una dirección. Quizás sea lo que ando buscando, ¿eh?

- Eso sólo lo sabrás si decides arriesgarte. ¿Te vienes?

- Vamos. Cuando me vista.

- Por supuesto, chica. ¿Ya no te preocupan esos quilillos de más?

- Haz el favor, Eustaquio, de no meterte más conmigo. No he salido corriendo porque eras tú el que has llegado, pero jamás se me ocurriría desvestirme delante de... otras personas.

- ¡Vaya, vaya! Nunca se sabe lo que se va a tener que hacer, cariño -le dijo Eustaquio, sonriendo.

- Sí, claro; a no ser que me contraten como la puta del barco, no creo que tenga que quedarme en pelotas, ¿no? Además, tú, como muy bien dices, eres un perro.

- Anda, vamos, que nos están esperando.

Y desandaron el camino hasta el muelle. Anita empezó a sentir frío, y apretó el paso para llegar lo antes posible al bar, donde, por lo menos, estarían bajo techado. Desde fuera del bar se podía observar dentro una tenue luz ante la que se confundían una multitud de sombras que parecían danzar bailes extraños antes de la salida del Sol. Anita se quedó en la puerta, y preguntó a Eustaquio:

- ¿Qué demonios pasa ahí dentro?

- Oh, no te preocupes. Entra, verás la que hay montada. Este Manolo es único organizando juergas.

Abrió la puerta y asomó la cabeza. Y he aquí que vio, junto a una chimenea encendida, algunos de pie, otros sentados, otros tumbados en el suelo, a todos los que habían ido encontrándose en el camino hacia allí. Manolo estaba en el centro, fumando en pipa, con una jarra de cerveza ante sí, y todos reían tras el presumible

chiste que acababa de contar. Junto a la chimenea, en un discreto segundo plano, enfundado en su uniforme y con el zetme ante la cara, sonreía, con miedo, pues no sabía exactamente si era procedente o no reír abiertamente, Adolfo. Pepe el de la fonda, disfrazado aún de payaso, se puso en pie en cuanto vio entrar a Anita, y la saludó con una exageradísima reverencia. Luisa la Luisa también sonreía, aunque no podía evitar que se le cayeran dos lágrimas que le corrían el rimel cara abajo; estaba sentada sobre la pierna izquierda de Manolo, y llevaba un pañuelo anudado al cuello. Herminio e Isidra, sentados en lo alto de una de las mesas, reían a grandes carcajadas, e Isidra estuvo a punto de caerse al suelo o mearse encima por el divertido esfuerzo; ambos estaban con el delantal puesto, y Herminio agarró por la cintura a Isidra porque, sencillamente, tenía ganas de mostrarle que la quería, sin saber por qué, de un modo nuevo. Con un bolígrafo en la mano, Limo miraba a todos abriendo de par en par los ojos, y escribía breves anotaciones de vez en cuando, muy de vez en cuando, más de tarde en tarde cuanto más se iba metiendo en lo que entre todos dialogaban; a su lado permanecía, recostado sobre las

patas, el asno Sigfrido, con las orejas muy tiesas, asintiendo y rebuznando cada vez que los demás reían. Habló entonces Limo:

- ¿Cuándo llegará? Está a punto de amanecer.

- Querido escritorzuelo de tres al cuarto -le dijo Manolo, y todos se rieron, incluido Limo- que te afanas en querer que tus personajes decidan hacer lo que tu falta de decisión te ha impedido siempre llevar a cabo: tú, y todos los demás, sois de las Afueras, y podéis entender, aunque lo que os ha traído aquí ha sido lo mismo que lo que la ha traído a ella, de otra manera esto que estamos dispuestos a hacer, el porqué de que estéis aquí. Ella viene del Meollo, y en el Meollo las cosas se piensan de forma distinta, y se sienten... pocas veces o, cuando se sienten, se intenta que nadie se dé cuenta, porque todo sentimiento es allí debilidad, y síntomas de debilidad significan ser pisoteado por el que intenta llegar más alto que tú. Así que, amigo, deja que las cosas marchen por su rumbo y no intentes acelerar lo que no lleva prisa ninguna. Además, me permito recordarte,

Limo, que tú también has tardado en decidirte, y que, de no ser por Sigfrido, aún estarías muerto de asco ante tu insoportable levedad.

- Vaya. No lo había mirado desde ese punto de vista.

Entonces Anita terminó de abrir la puerta y se introdujo en la habitación, y un montón de caras se volvieron hacia la suya y la miraron con entusiasmo. Manolo, agarrando a Luisa para que se levantara y levantándose él luego, dijo, señalando a Anita:

- Y aquí, desde las profundidades del mar, desde los sótanos más profundos de su propio ser, llega, cargada de esperanza y de decisión, ¡Anita la bella! ¿Qué tal, chica?

- Hola, Manolo. Hola a todos. Aquí estoy, aunque... no esperaba encontraros aquí...

- Verás, Anita -dijo Luisa-: nosotros tampoco esperábamos encontrarnos aquí. Pero, como muy bien nos ha dicho Eustaquio más de una vez, ¿qué tenemos que perder? Y aquí estamos. Digamos que... somos los

mismos, pero vimos el anuncio. Y, por lo menos yo, reconocimos en él una buena noticia. La mejor noticia que hemos oído nunca. Si lo pienso detenidamente, la única buena noticia que he recibido nunca.

- ¿Cómo tienes el cuello? -le preguntó Anita.

- Oh, mucho mejor. Aún me cuesta hablar, porque tengo las cuerdas un poco jodidas, pero eso se cura con el tiempo. En fin, aquí estamos.

- Siendo así, ¡un brindis! -Manolo llenó un vaso para Anita, se lo dio, y levantó el suyo- Brindo por el mundo. Y por el Go'El y su tripulación.

- ¡Por el mundo! ¡Por el Go'El y por su tripulación! -gritaron todos al unísono.

Seguidamente volvió la conversación, aún más animada que antes de que Anita hubiese llegado. Manolo tocó en el hombro a Luisa y le dijo:

- Oye, tenemos que acordarnos de echar Betadine en el barco. A ver... déjame que te vea el cuello.

- No, es igual, déjalo -dijo Luisa.

- No seas tonta, Luisa. No me voy a reír de ti. Y, si me río, sólo será para que te rías tú también.

- Vale. Échale un ojo.

Manolo desanudó el pañuelo y, mientras miraba, se tocó la barbilla. Le pasó el garfio por la herida.

- ¡Uy, qué frío! -dijo Luisa, dando un respingo.

- Si es que lo tienes en carne viva. Anda, que se te ocurren unas ideas...

- Hijo, la desesperación es así. Creo que, si no hubiera decidido por fin venir aquí, ahora estaría despanzurrada contra el suelo de la calle. Gracias a Eustaquio y a la chica del Meollo, Anita. Aunque ella, ahora que lo pienso, estaba peor que yo. Sin embargo, allí estaba.

- Siéntate aquí mismo, que te voy a curar.

- Tú eres un capitán muy raro, tío. Ni en la película más extraña de piratas he visto algo así: un capitán que

se pone a curar a sus subordinados.

- Eso es porque no sois mis subordinados.

- ¿Y qué somos?

- Eso lo tenéis que descubrir vosotros. Y ya lo descubriréis, seguro.

Anita hablaba, más allá, con Pepe, el de la fonda.

- Aún vestido de payaso, ¿eh? -le preguntó.

- Sí. Te esperaba.

- ¿Me esperabas? Así que estás vestido así para recibirme.

- Todos estábamos deseando recibirte, Anita. Has hecho por nosotros algo importante.

- ¿Yo? Aprender, en todo caso. No recuerdo haber hecho nada que merezca la pena por nadie. Desde que salí del Meollo voy metiendo la pata de lugar en lugar.

- ¡Oh, no lo creo! Nadie es consciente de que hace el

bien, si lo hace. Pero tú has sido, junto a Eustaquio, la que nos has dado el último empujón. Aunque no te hayas dado cuenta... y porque no te has dado cuenta.

- No sé. De todas formas, tú me has enseñado mucho más de lo que te haya podido enseñar yo.

- No vamos a pelearnos ahora por eso, morenita. Además, estoy demasiado confundido como para ponerme a discutir sobre quién ha ayudado más a quién.

- ¿Tú también estás así?

- Totalmente. Es como asomarte a lo que acabas de andar y ver que no ha tenido ningún sentido. Es como... estar confundido, y ya está. No creo que pueda explicarme mejor.

- No hace falta, Pepe. Yo siento más o menos lo mismo. ¿Qué pasará ahora?

- Saldrá el Sol.

- Vaya.

Y, como si el Sol hubiera esperado a las palabras del

repcionista, un rayo entró por las ventanas e iluminó la estancia con una luz distinta. Manolo levantó el garfio y mandó callar a todos. Luego dijo, a grandes voces:

- ¡Amanece un nuevo día! Queridos amigos, es hora de embarcarse. ¡Es hora de prepararse para navegar!

- ¿Nadie más viene del Meollo? -susurró Pepe a Anita.

- No, al menos que yo sepa.

Manolo siguió hablando:

- ¡Hemos invitado a muchos! Pero reconozco que esta empresa es difícil, y que sólo vosotros estáis preparados para comenzarla. ¡No os preocupéis! Ya encontraremos gente que venga, si mostramos que tenemos algo nuevo que contar, algo nuevo que mostrar, que vivir. Si queréis seguirme, ¡vamos allá!

Y salió por la puerta, seguido de Eustaquio. Detrás, como una sola persona, salieron todos, y se dirigieron al muelle, al barco en el que se disponían a entrar.

El barco era pequeño por fuera, aunque, a medida que se iba entrando, se iba haciendo más y más amplio por dentro. No tenía cañones, ni armas, ni nada que se le pareciera. Era ligero, muy ligero, y estaba pintado de color rojo, como un atardecer de verano. La madera, extraña, dura y flexible, crujía de forma agradable al pisarla, como si alguien tararease una nana. Tenía unas velas grandes, y, en lo más alto del palo mayor, ondeaba la bandera pirata. El timón, situado en la parte superior de la cubierta, estaba hecho de ébano, y era suave al tacto y fácil de manejar. No había camarotes, sólo un largo, espacioso y cálido dormitorio donde cabían todos, con colchones de plumas de paloma y guitarras, panderetas, guitarras eléctricas, bajos, baterías y otros muchos instrumentos, al fondo. La cocina era sencilla, y la despensa estaba llena de manjares de todas las tierras del mundo. Entre la cocina y el dormitorio había una

habitación para descansar y charlar, cuadrada, cuyas paredes estaban llenas de cuadros con paisajes sólo vistos en sueños, nocturnos y diurnos, claros y oscuros, bellos todos.

Justo antes de la escalinata que subía a cubierta había un gran contenedor, con unas palabras impresas:

“Suelta aquí lo que te sobra”.

Manolo se subió a la escalinata, y dijo:

- Amigos: todos habéis venido con algo de sobra, con algo que os impide ser libres, embarcar y no mirar atrás, desnudaros para seguir mis pasos. Si queréis venir conmigo habéis de dejar a un lado todo eso, todo lo que os ata a esta tierra, porque vais a tener que soportar, junto a mí, muchas injurias, y muchos ridículos, y muchos palos, y hambre y sed y pobreza. Habéis venido en busca de la felicidad: ¡tirad lo que os oprime! Habéis

venido en busca de algo nuevo, bueno, que contar a otros: ¡vacíad vuestros bolsillos, para sentir el gozo de ir de vacío y poder luego decirles a todos que sientan lo mismo!

Herminio e Isidra se acercaron al contenedor y, quitándose el delantal, lo lanzaron dentro. Luego, mirando al grupo, dijo Herminio:

- No quiero seguir mintiendo. Quiero dejar mi inseguridad a un lado, y decir sí cuando es sí, y no cuando es no. Ayudadme, por favor.

Todos asintieron. Pepe, el de la fonda, se quitó el disfraz de payaso, y lo lanzó al contenedor. Miró al grupo, y gritó:

- No quiero seguir con mis máscaras. Quiero ser alguien, ser yo mismo. Quiero ser actor de mi propia vida. Ayudadme.

Todos asintieron. Barti agarró con fuerza el cartón de vino Don Simón que llevaba en la mano, y lo lanzó. Miró al grupo, sacudiéndose un poco la ropa, y dijo:

- Qué voy a decir yo... Que la felicidad no está en la bebida, sí... Aunque está bien compartir una copa de vez en cuando. Quiero dejar la suciedad de mis negocios, embarcarme y nunca dejar que don Simón se haga dueño y señor de mi vida. Ayudadme.

Todos asintieron. Luisa la Luisa, que llevaba aún la soga que le había servido para intentar ahorcarse, la tiró dentro. Miró al grupo sonriendo, y dijo:

- No quiero estar sola más tiempo. Os necesito. Mi vida no es nada sin nadie con quien compartirla. Quiero navegar, dejar de tener miedo al futuro, dejar de venderme. ser libre con gente libre. Ayudadme.

Todos asintieron. Mari, la de las Magdalenas, se sacó una jeringuilla del bolsillo del pantalón y la echó en el contenedor. Miró al grupo, rió con ganas y dijo:

- Chicos, no hace mucho dejé la mierda. Manolo fue el culpable. No quiero volver, y estoy segura de que lo voy a tener difícil; así que, ya que vamos a compartir travesía, confío en que me vais a echar una mano. Ayudadme.

Todos asintieron. Adolfo, tembloroso, dejó caer el zetme en el contenedor, y se fue quitando el casco, la camisa, los pantalones de campaña, y echándolos dentro. Miró al grupo, a punto de llorar, y dijo:

- No quiero seguir con mi cobardía. Quiero ser alguien por mí mismo, dejar de estar manipulado por las armas y las voces de los señores de la guerra, avanzar sin necesidad de nada más que yo mismo, y Manolo, y los demás. Ayudadme.

Todos asintieron. Limo sacó de una gran bolsa que llevaba colgada a la espalda un montón de folios escritos, y los lanzó. Miró al grupo, acarició las crines de Sigfrido y dijo:

- Ahora comprendo lo que Sigfrido ha querido decirme con su actitud: yo necesitaba a alguien a mi lado, y él lo estaba. Necesitaba a alguien que me escuchara, y él me escuchaba. Nunca he sido capaz de vivir lo que he querido, y él, imitando a un perro, me ha querido enseñar que no puedo querer ser quien no soy, sino ser quien soy hasta las últimas consecuencias. Manolo me lo dijo, nada más llegar yo aquí, y quiero hacerlo. Poner al servicio de todos todo lo que soy, en vez de manipular a los que están bajo mi pluma para que hagan lo que yo quiero. Ayudadme.

Todos asintieron.

Anita quedó pensativa, junto al contenedor, mirando lo que cada uno había echado dentro. Se preguntó durante un momento qué era concretamente lo que tenía que dejar allí, qué le sobraba en su vida. Comenzó a recordar por qué había salido de su pisito compartido allá en el Meollo, y una sonrisa le afloró en los labios. Fue entonces, mientras su miedo luchaba contra su decisión de quitar lo que había de quitar, cuando se escuchó una voz negra, que venía muelle adelante, y que hizo a todos volverse un momento al lugar de donde procedía:

- Menuda panda de locos. Me extraña mucho, cariño, que hayas acabado cayendo tan bajo. Llevo unos días terribles buscándote por todas partes, y no creí que hubieses perdido la cabeza de esta forma. Me debes una disculpa; mejor dicho, nos debes una disculpa por hacerme venir a este apestoso lugar a sacarte de las garras de esta panda de putas, borrachos y buscavidas. Nosotros tenemos otra forma de existencia, y no permitiré, bajo ningún concepto, que se malogre una

carrera como la tuya por una momentánea pérdida de razón que, sin duda alguna, puede sanarse; no escatimaremos gastos en tu curación, cariño. Yo, Jose, y tus demás amigos queremos que vuelvas, pues nuestras acciones y nuestras cuentas empiezan a sufrir tu partida. No eres necesaria, por supuesto, pero, por lo que observo, esto es una guerra entre la cordura y la locura, y la locura no puede ganar, porque tenemos más medios. Lo que aquí veo es un ataque en toda regla a nuestra forma de vida, malditos descerebrados, y llevarme de aquí a Anita será sólo el principio de una guerra larga y sucia para vencerlos. Este mundo no tiene futuro, cariño. ¿Qué piensas, vivir así siempre? ¿Acaso crees que no te hartarás de esto? Más que de aquello, seguro; y, cuando te canses, ¿volverás suplicando que te devolvamos tus bienes? No creo que podamos hacerlo entonces. Vente, y acabemos con este mundo que, por otra parte, no debería existir. Soy tu novio: te ordeno que te vengas con el mundo civilizado.

Manolo, después de escuchar aquello, lanzó una

carcajada y preguntó a Anita:

- ¿Quién es este tipo tan divertido? Creo que también intenté llamarlo.

Anita miró a Jose, miró a Manolo y comenzó a quitarse el vestido. Mientras lo hacía, dijo:

- No es nadie. Podría ser alguien, si quisiera, pero ha elegido no ser nadie aparte de un tiburón de ojos azules y piel inmaculada. Yo quiero abandonar todo lo que significa la forma de vida que he llevado hasta ahora, y que podéis ver si lo observáis a él. Nunca había pensado que resultara tan divertido escucharme hablar de aquella manera.

- ¡Estás loca! -dijo Jose- ¡Como una cabra! ¡Llamaré a la policía, sí!

Anita se echó a reír. Se quitó los zapatos. Todos los

que estaban embarcando empezaron a reír a carcajadas.
Manolo se desternillaba.

- ¡Al ejército! ¡Esto no va a quedar así! ¡Somos el futuro! ¡Sin nosotros no tenéis nada que hacer! ¡Mantenemos este mundo en pie!

Anita se quitó el sujetador. Eustaquio se revolcaba por el suelo junto a Mari, la de las Magdalenas.

- ¡Tenemos el poder! ¡Acabaremos con vosotros! ¡Nadie desafía a la civilización y permanece impune!

Manolo no podía aguantar más, y se le saltaron las lágrimas, de la risa. Se tuvo que coger a Anita, que en aquellos momentos se estaba quitando las bragas, aunque casi no atinaba, por lo mismo. Jose se volvió. Manolo, mientras intentaba parar de reír, sin conseguirlo, le dijo:

- ¡Tío! ¡Vente con nosotros! ¡En toda la noche no he escuchado nada más divertido que lo que acabas de decir! ¡Estás invitado a subir!

- Esto no va a quedar así. Tú y tus compinches vais a sufrir; al menos, por lo que a mí toca.

- Gracias, amigo. No esperaba menos de ti -le contestó Manolo, mientras se iba, aún riendo.

Anita entró en el barco, desnuda. Manolo le alcanzó una camisa a rayas y unos pantalones de grumete, y ropa interior. Después subió donde estaba el timón, y alzó las manos. Y dijo con una voz aterciopelada y fuerte:

- ¡Boguemos mar adentro! ¡Cada uno a su puesto, al que se sienta llamado! ¡Nadie es más importante que otro! ¡Todos somos necesarios! Habéis visto que Jose no tiene posibilidades de salir de sí, porque sus paredes son tan altas que le impiden ver más allá. ¡Pero hemos de

invitarlos, a ellos y a todos, a convertirse en piratas! ¡A navegar por mares nunca antes alcanzados! ¡A ser únicos caminando por el mismo camino! ¡Porque no importa dónde vayamos, sino cómo! ¡No importa que vivamos o muramos, sino cómo vivimos y morimos! Si queréis encontrar la felicidad, ¡pongamos rumbo a lo más hondo, a lo más bajo, a lo que desprecian los que tienen confianza en sí mismos! ¡Sólo desde ahí podremos llegar a todos!

Un enorme griterío se elevó del grupo. Anita, ya vestida de grumete, perdido todo miedo, subió donde estaba Manolo, lo abrazó y comenzó a llorar. Después fue abrazando a todos los compañeros de tripulación. Y alzó a Eustaquio, que también estaba emocionado, a la altura de sus ojos. Luego se hizo un gran silencio, tan grande que se podía escuchar el suave ronroneo del agua lamiendo el casco de la nave. Se miraron todos, y surgió de sus gargantas, como si fueran un solo ser humano, el siguiente juramento:

- ¡Oh, Capitán, mi Capitán, Señor de todos los mares y conquistador de todos los barcos y reinos, eterno Pirata allende el mundo entero!

> Yo, con tu fuerza, valor, favor y ayuda, me ofrezco delante de tu infinita bravura y bondad, y delante de tu fiera tripulación,

> y doy un paso al frente porque quiero, deseo y es mi determinación deliberada imitarte pasando todas las injurias, y descalificaciones, y ridículos, y toda la pobreza que tú pases, ya sea en el cuerpo o en todo el ser, y comer, beber, vestir y trabajar siempre contigo, al

*ritmo de tu garfio dulce, y sólo si con ello
puedo servirte mejor y seguirte vayas donde
vayas y alabarte en todo lo que hagas.*

*> si me quieres elegir en esta vida y estado
que me dispongo a aceptar, capitán de todos
los piratas de la historia.*

*> Quede esto firmado con mi sangre, y sea
ella derramada junto con la tuya por todos,
¡oh, Capitán, mi Capitán!*

- ¡Levad anclas, marineros! ¡Zarpamos en busca de lo
nuevo! -gritó Manolo.

Y Anita, Pepe y Luisa levaron las anclas con fuerza
mientras los demás desplegaban las velas en búsqueda

de un viento favorable que los llevara mar adentro. Eustaquio se acercó, cuando ya las anclas estaban junto al casco, a Anita, y le dijo:

- ¿Qué te ha parecido el viaje? Ya te dije que confiaras en este viejo sabueso. El viento sigue cambiando, a mejor. ¿Te he fallado alguna vez en este tiempo?

- Amigo, sólo puedo decir, todavía sin haberme enterado de todo, que te quiero.

- Y esto es sólo el comienzo. Ya sabes que, cuando tengas problemas, estoy aquí. Siempre estoy aquí. Ahora, si me permites, me voy a retirar, porque hay alguien que, no sé, me da la impresión de que quiere hablar contigo.

- ¿Eh?

Anita se volvió, y vio, tras de sí, con los ojos fijos en el suelo, a Pepe.

- Dime, Pepillo -le dijo Anita, sonriendo.

- Esto es difícil de decir así, de repente, pero... hasta ahora no he sido nadie en mi vida, o, si lo he sido alguna vez, me he olvidado a fuerza de simular ser quien no soy. Ahora te quiero decir, Anita, que... que quiero agradarte por quien soy, si puedo ser alguien.

- No te captó muy bien, Pepe -dijo Anita, entornando los ojos.

- Esto es difícil de decir, chica. No se lo digo todos los días a alguien.

- No te preocupes. Tenemos todo el tiempo del mundo. Yo dejé mi reloj lejos.

- Está bien: si quieres, mejor, nos sentamos.

- Perfecto, amigo.

Y se sentaron y empezaron a hablar como nunca antes ninguno de los dos lo había hecho.

El barco se fue alejando de la costa, en un día claro, y

llegó un atardecer rojo y la tierra se convirtió en una línea allá en el horizonte. Y, ya de noche, mientras la mayoría de la tripulación dormía y sólo Manolo vigilaba, con Eustaquio, en lo alto del palo mayor, el capitán y el perro alzaron los ojos al cielo y dijeron, en voz muy baja, como hablando al ser más amado:

- Allá vamos, Tú, allá vamos.

Y del cielo les contestó una voz de mujer:

- Ya sabéis que he estado con vosotros. Voy con vosotros. Siempre estaré con vosotros.

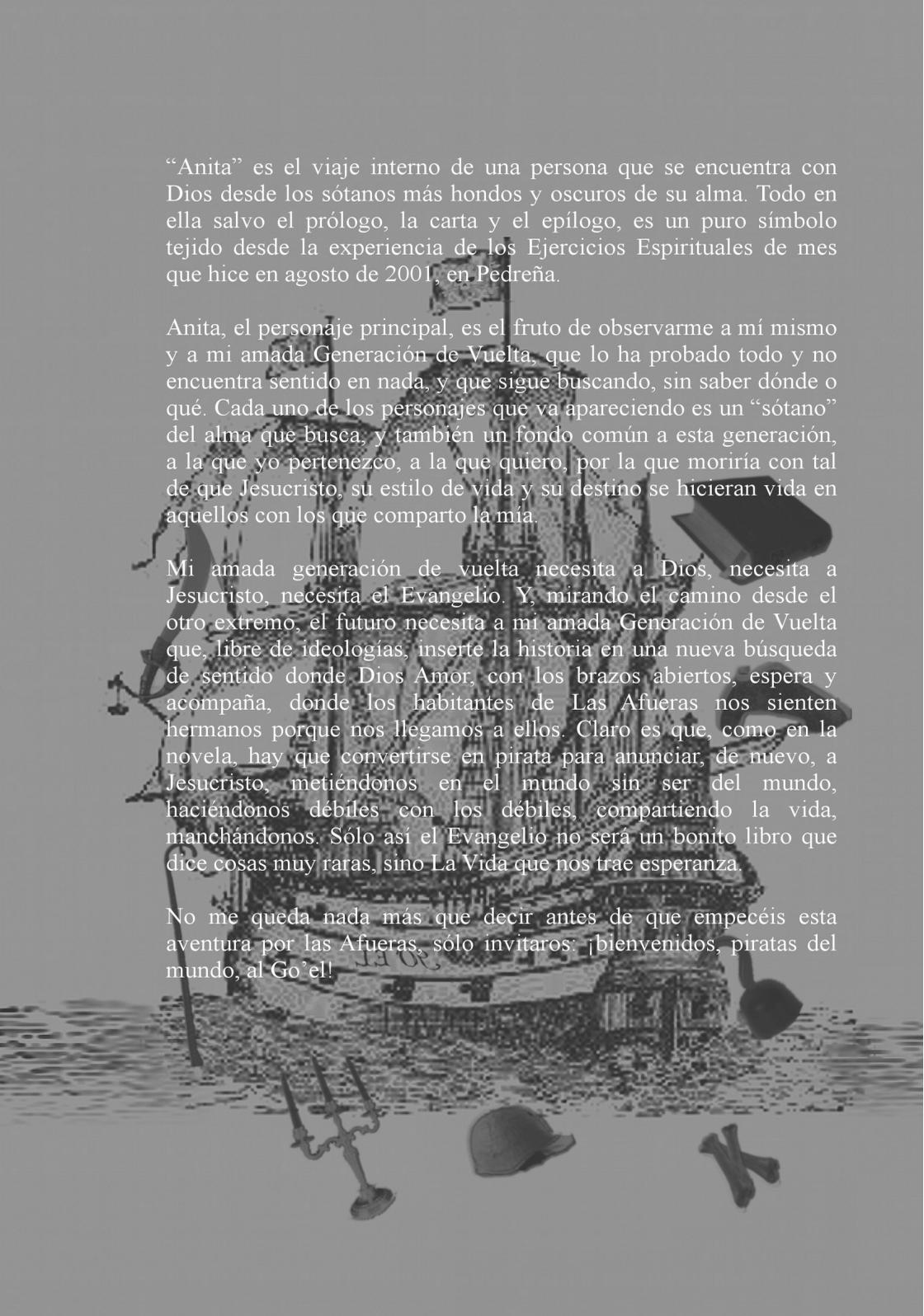
Y el barco siguió su rumbo, un rumbo nuevo y desconocido para el mundo, que cambió las cosas como nadie, jamás, había podido imaginar o podrá imaginar en toda la eternidad... excepto, claro, Tú, Manolo, Eustaquio.

EPÍLOGO

Tengo tres hijos no tengo trabajo necesito una alluda por Dios ayyyyy que yo soy gitano y vengo a tu casamiento a partirme la podía dedicarse a otra y el viernes me coge el muy hijo de puta y me dice que mejor no quedamos el largo me parece más hortera pero puede quedar si tuvieras cojones no te pasarían estas con crema lo hacen muy bien aquí aunque los churros que no que te he dicho que no y es que no y como sigas te voy a dar un guantazo que mañana mismo presento el currículum a ver si cuela por qué no te metes cuando puedas mamonazo estos niños luego dicen que si hay acciudad siempre levantada pero es que tú eres inútil

venirte en coche **aquí estás TÚ** cuando esa la vi el otro día y me pareció una payasada no me gasto setecientas pelas yo en eso ay qué ricas y yo sigo aquí esperándote que tu dulce boca ya es que no se hacen zapatos buenos hemos dicho uno de stracciatela otro de limón otro de turrón marchandoque vienen los malos quítalo de ahí mira esto a lo mejor le gusta más porque uy perdón a ver si miras donde pisas cariño estoy ya cansada titirulititi que no que parezco una cosa malaca de uñas es bonita no digas tonterías chibangschibangschibumchi estás de coña no jodas tío con un estropajo te la lavaba cuidado abuela ve a tu rollo no crucerás como llego tarde siempre de prisa **aquí habitas TÚ** Antonio a ver cuándo vais a ganar la novena porqtaxi por favor y entonces me dejó simplemente pero ya lo he superado maziza qué culo qué bien lo lleva más hormigón Manolo cuidado con la grúa te digo que fue penalti sí claro pero la cosa no hubiera cambiado ñiaoooooooouuuuuu fuera chucho del demonio yo ya no sé por dónde va a salir la cosa pero la veo muy negra con esos asesinos no hago lo que debo hago lo que creo y yo no quiero ser tu amante que yo

quiero ser algo más destrozada el tío es que ya no
aquí trabajas TÚ llegas mejor que tú lo hago cuando
llegemos a casa vamos a ver lo del mueble te digo que
hace falta cambiarlo no me calientes la cabeza Loli el
aniversario es mañana tú verás es que hoy no me
apetece jugar al golfy yo la próxima vez condón al canto
porque no se puede fiar una de nadie **aquí siempre**
TÚ TÚ TÚ



“Anita” es el viaje interno de una persona que se encuentra con Dios desde los sótanos más hondos y oscuros de su alma. Todo en ella salvo el prólogo, la carta y el epílogo, es un puro símbolo tejido desde la experiencia de los Ejercicios Espirituales de mes que hice en agosto de 2001, en Pedreña.

Anita, el personaje principal, es el fruto de observarme a mí mismo y a mi amada Generación de Vuelta, que lo ha probado todo y no encuentra sentido en nada, y que sigue buscando, sin saber dónde o qué. Cada uno de los personajes que va apareciendo es un “sótano” del alma que busca, y también un fondo común a esta generación, a la que yo pertenezco, a la que quiero, por la que moriría con tal de que Jesucristo, su estilo de vida y su destino se hicieran vida en aquellos con los que comparto la mía.

Mi amada generación de vuelta necesita a Dios, necesita a Jesucristo, necesita el Evangelio. Y, mirando el camino desde el otro extremo, el futuro necesita a mi amada Generación de Vuelta que, libre de ideologías, inserte la historia en una nueva búsqueda de sentido donde Dios Amor, con los brazos abiertos, espera y acompaña, donde los habitantes de Las Afueras nos sienten hermanos porque nos llegamos a ellos. Claro es que, como en la novela, hay que convertirse en pirata para anunciar, de nuevo, a Jesucristo, metiéndonos en el mundo sin ser del mundo, haciéndonos débiles con los débiles, compartiendo la vida, manchándonos. Sólo así el Evangelio no será un bonito libro que dice cosas muy raras, sino La Vida que nos trae esperanza.

No me queda nada más que decir antes de que empecéis esta aventura por las Afueras, sólo invitaros: ¡bienvenidos, piratas del mundo, al Go`el!